

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

6

EL GRAN BUENOS AIRES

GABRIEL KESSLER (DIRECTOR)



unipe: editorial
universitaria

 edhasa

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JUAN MANUEL PALACIO

¿Qué es el Gran Buenos Aires y de qué modos comprenderlo? ¿Cuál es su origen y cómo llegó a su estructura actual, que alberga a millones de personas en un anillo que rodea a la Capital Federal? Este volumen, dirigido por Gabriel Kessler, que reúne entre sus colaboradores a historiadores, politólogos, sociólogos, antropólogos, economistas y geógrafos, es un *tour de force* que responde a esas preguntas de manera lúcida y exhaustiva. Su objetivo cumplido es dar cuenta del área metropolitana más compleja y contradictoria en la Argentina; también la más estigmatizada y diversa. A lo largo de dieciocho capítulos y una excelente introducción de Adrián Gorelik, este libro despeja tópicos habituales, historiza la formación del territorio y la profunda metamorfosis que conoció en las últimas décadas; descubre las raíces de su heterogeneidad social; revisa las prácticas políticas; se interroga sobre si hay una identidad del conurbano; analiza el mundo del trabajo y la cultura de los sectores medios y populares; estudia el apogeo, crisis y cierta revitalización reciente de la industrialización así como la irrupción del fenómeno piquetero en la década del noventa, entre otros temas.

Hasta el día de hoy no había una obra que analizara en forma tan integral el Gran Buenos Aires, ese lugar geográfico, político y social del que se habla mucho y a menudo se conoce menos. Por todas estas razones, por la ajustada combinación de investigación, ensayo y reflexión, este libro es un hito historiográfico. En adelante será inevitablemente una referencia para aquellos que quieran entender una región que de algún modo refleja los contrastes, los logros y los dramas de la Argentina contemporánea.

ISBN 978-987-628-360-1



9 789876 283601

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Colección Historia de la provincia de Buenos Aires
Director: Juan Manuel Palacio

PLAN DE LA OBRA

Tomo 1: Población, ambiente y territorio

Director: Hernán Otero

Tomo 2: De la Conquista a la crisis de 1820

Director: Raúl O. Fradkin

**Tomo 3: De la organización provincial
a la federalización de Buenos Aires
(1821-1880)**

Directora: Marcela Ternavasio

**Tomo 4: De la federalización de Buenos Aires
al advenimiento del peronismo (1880-1943)**

Director: Juan Manuel Palacio

Tomo 5: Del primer peronismo a la crisis de 2001

Director: Osvaldo Barreneche

Tomo 6: El Gran Buenos Aires

Director: Gabriel Kessler

EL GRAN BUENOS AIRES

Director de tomo: Gabriel Kessler

unipe: editorial
universitaria

 edhasa

Kessler, Gabriel

Historia de la provincia de Buenos Aires: el Gran Buenos Aires / Gabriel Kessler; dirigido por Juan Manuel Palacio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa; Gonnet: UNIPE: Editorial Universitaria, 2015. 624 p.; 22,5x15,5 cm.

ISBN 978-987-628-360-1

1. Historia de la Provincia de Buenos Aires. I. Palacio, Juan Manuel, dir. II. Título
CDD 982.12

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Diseño y realización de mapas: Mgter. Santiago Linares y Lic. Inés Rosso, Centro de Investigaciones Geográficas, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, Argentina. Aprobado por el Instituto Geográfico Nacional, Expediente GG12 0363/5, 6 de marzo de 2015.

Primera edición: junio de 2015

© UNIPE: Editorial Universitaria, 2015
Camino Centenario 2565
(B1897AVA) Gonnet
Provincia de Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (0221) 484-2697
www.unipe.edu.ar

© Edhasa, 2015
Córdoba 744 2° C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-987-628-360-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Encuadernación Araoz S.R.L.

Impreso en Argentina

Índice

| | |
|---|-----|
| Prólogo..... | 11 |
| <i>Gabriel Kessler</i> | |
| Ensayo introductorio. <i>Terra incognita</i>. Para una comprensión del Gran Buenos Aires como Gran Buenos Aires..... | 21 |
| <i>Adrián Gorelik</i> | |
| | |
| Primera Parte | |
| Demarcaciones, territorios e imaginarios | |
| | |
| Capítulo 1. La evolución territorial y geográfica del conurbano bonaerense | 73 |
| <i>María Mercedes Di Virgilio, Tomás Guevara y Soledad Arqueros Mejica</i> | |
| Capítulo 2. La construcción político-administrativa del conurbano bonaerense | 103 |
| <i>Gustavo Badia y Martina Saudino</i> | |
| Capítulo 3. La imaginación geográfica sobre el conurbano. Prensa, imágenes y territorio | 129 |
| <i>Ramiro Segura</i> | |
| Capítulo 4. La población del conurbano en cifras | 159 |
| <i>Matias Bruno</i> | |
| | |
| Segunda Parte | |
| Economía, trabajo y estructura social | |
| | |
| Capítulo 5. Orígenes y esplendor de la industria en el Gran Buenos Aires..... | 195 |
| <i>Marcelo Rougier y Graciela Pampin</i> | |

Capítulo 6. Trabajadores del conurbano bonaerense en el siglo XX..... 225

Mirta Zaida Lobato

Capítulo 7. Panorámicas de la producción en el conurbano reciente 255

Marcela Vio y María Claudia Cabrera

Capítulo 8. Mercado de trabajo y estructura social en el Gran Buenos Aires reciente 287

Amalia Eguía

Tercera Parte

Políticas, partidos y movimientos

Capítulo 9. Conurbano bonaerense: votos y política en el siglo XX..... 315

Matías Bisso

Capítulo 10. “La cría del Proceso”: política local en el conurbano durante la dictadura militar 343

Inés González Bombal

Capítulo 11. El mundo político del conurbano en la democracia reciente 365

Gabriel Vommaro

Capítulo 12. La irrupción piquetera. Las organizaciones de desocupados del conurbano bonaerense..... 401

Maristella Svampa

Capítulo 13. El conurbano bonaerense como territorio asistido. Pobreza, crisis y planes sociales 433

Daniela Soldano y María Ignacia Costa

Capítulo 14. La escolarización en el Gran Buenos Aires 465

Myriam Southwell

Cuarta Parte

Sociabilidad y cultura

| | |
|--|------------|
| Capítulo 15. Vivienda popular y asociacionismo en la conformación del Gran Buenos Aires | 493 |
| <i>Diego Armus y Ernesto Bohoslavsky</i> | |
| Capítulo 16. Cercanías espaciales y distancias morales en el Gran Buenos Aires..... | 521 |
| <i>María Carman</i> | |
| Capítulo 17. <i>Made in Conurbano</i>. Música, cine y literatura en las últimas décadas..... | 549 |
| <i>Carla del Cueto y Cecilia Ferraudi Curto</i> | |
| Capítulo 18. La vida religiosa de los sectores populares del Gran Buenos Aires..... | 579 |
| <i>Pablo Federico Semán</i> | |
| Colaboradores | 605 |

Prólogo

Gabriel Kessler

Este sexto y último volumen de *Historia de la provincia de Buenos Aires* cambia de escala para centrarse en un territorio específico, el conurbano bonaerense o Gran Buenos Aires. Para ello se ha convocado a un equipo interdisciplinario conformado por especialistas en historia social, económica, política y urbana; en sociología, economía, antropología y ciencias políticas, quienes con sus diferentes perspectivas recorren distintas facetas del conurbano desde sus orígenes hasta el presente. Se trata de un libro sobre el Gran Buenos Aires, tanto en sí mismo como de los principales procesos, historias y eventos de los cuales fue escenario. Conjuga no sólo temas y preocupaciones diversas sino también lenguajes, fuentes de datos, perspectivas y metodologías propias de las disciplinas nombradas, todas ellas fecundas en trabajos sobre nuestro territorio.

Que un proyecto editorial cuyo tema es la provincia haya decidido tratar en forma específica el conurbano es indicativo de que se ha convertido en un objeto de estudio y de preocupación social, política y académica con ribetes propios. Y en efecto, se demarca como una unidad específica, no sólo dentro de la provincia sino en el ámbito nacional; visible en la forma de tratarlo por parte de las ciencias sociales, los medios de comunicación, la administración y las políticas públicas y, más en general, por el imaginario social construido en torno de él. Si nos detenemos en esto último, las imágenes actuales parecen oscilar entre dos concepciones disímiles pero no necesariamente contrapuestas: en ocasiones, las referencias al Gran Buenos Aires lo describen como una entidad atípica, entre la capital y el interior, diferente de ambos y poseedora de una definida identidad propia, mientras que en otras se lo pinta como un territorio que concentraría, de modo hiperbolizado, atributos en su mayor parte negativos o conflictivos, adjudicados al devenir del país en las últimas décadas.

Ese cúmulo de imágenes proviene en gran medida de los dos modelos que nos ayudaron a pensar en la caracterización del conurbano. Uno, de más larga data, referido a las periferias populares formadas en los lindes de las grandes urbes y que, más allá de sus diferencias, comparten como rasgos comunes una preponderancia de sectores populares y sus prácticas, fecundas experimentaciones en las formas de construir y habitar los espacios, procesos de integración social en torno del trabajo así como una profusión de déficits de infraestructura y servicios. Atributos plausibles para parte de las metrópolis de América Latina y Europa, en la medida en que la forma e historia de los suburbios estuvo asociada con el auge, la decadencia y, en ciertos casos, la posterior reconfiguración del mundo del trabajo, en particular industrial pero también del sector servicios. De esta manera, con todas sus particularidades locales, dicha imagen se aproxima con mayor o menor cercanía a los casos paradigmáticos, como el de la *banlieue rouge* parisina, modo de organización social que resultaba de la articulación de una comunidad popular y de una conciencia de clase obrera, en torno de un sistema político municipal, en este caso de raigambre comunista; en el nuestro, luego de 1945, peronista.

Ahora bien, a medida que la crisis de la Argentina (y del conurbano) industrial y los procesos de desestructuración social se profundizaban desde los años noventa, pero con claros signos de deterioro en décadas anteriores, iban cobrando mayor relevancia imágenes, nociones e ideas más presentes en los estudios y cuadros de los suburbios norteamericanos y también de sus *inner cities*, los centros urbanos definidos como “guetos”, habitados por grupos subalternos, en los que clase y etnia se imbrican. Comienzan así a circular visiones de territorios segregados, polarizados socialmente, conformados por nichos de alta homogeneidad social interna, pero muy diferentes y desconectados unos de otros, con una débil vida social y cultural local. En otras palabras, se producía el pasaje de una mirada más proclive a ver el conurbano como un territorio de integración social y cultural popular a otra que tendía a caracterizarlo como signado por déficits y carencias, producto de la desintegración de esa misma matriz societaria; resultante de un proceso más general cuyo epicentro se encontraría en el conurbano pero que casi no habría dejado espacio urbano nacional indemne.

En forma rauda, las imágenes clásicas del suburbio popular fueron dando lugar a las de un territorio donde se concentrarían, de forma ex-

trema, una sucesión de problemas nacionales: pobreza y desigualdad, polarización entre barrios marginales y urbanizaciones privadas, un sistema político sospechado de clientelismo y perpetuación en el poder de sus jefes políticos, figurando territorios asolados por la inseguridad y el temor. Tanta fue la potencia de estas visiones, y de otras de similar talante, que algunos rasgos también propios del conurbano fueron quedando opacados; entre ellos, una importante y perenne sociabilidad y vida cultural local, la omnipresencia de una vasta clase media esparcida en todos sus puntos cardinales, ciertas formas de urbanización muy disímiles entre sí y una potencia de la acción colectiva, que lo habían convertido en un territorio de fecunda experimentación social; en suma, la heterogeneidad social, urbana y cultural del conurbano fue disipándose en las imágenes que lo retrataban.

La periferia popular fue acercándose cada vez más a la imagen señalada y convertida en un reservorio temido de los problemas nacionales; una lente ampliada, sobre todo en las imágenes mediáticas –pero no sólo en ellas–, de lo que podría sobrevenir en otros lados. Imagen, es obvio decirlo, que realiza una operación estereotipada y reductora de un territorio heterogéneo y complejo. Y, ante todo, cimenta una identificación del conurbano construida desde afuera, ya sea desde la ciudad capital o desde las provincias, pero no desde las mismas periferias. Cabe agregar que no se trata sólo de una operación de mistificación del imaginario; también las estadísticas muestran que, por razones no del todo elucidadas, el conurbano se comporta de modo similar al conjunto de la Argentina urbana en la evolución de indicadores tales como pobreza, desempleo o desigualdad; contribuyendo a asimilar, al menos en la academia, la suerte del país con la de su área metropolitana más importante.

A esto se suma un tema central que ya ha sido esbozado: el conurbano en tanto identidad es construido desde el exterior; raramente los habitantes de uno u otro municipio consideran al Gran Buenos Aires una categoría de pertenencia; ésta suele ser el nombre del partido o de la localidad habitada dentro de él, pero pocas veces se definen como residentes del conurbano, salvo para explicarle a alguien que se habita en Buenos Aires pero no en la capital. En otras palabras, estamos frente a un territorio que genera una cantidad de imágenes que lo definen, pero cuya unidad, y entidad, no es necesariamente compartida por

quienes lo habitan; un territorio al que se le adjudica una identidad muy fuerte pero sin que haya quienes la asuman como propia.

¿Qué ha sucedido entre tanto en la relación de las ciencias sociales con el conurbano? El Gran Buenos Aires ha sido un escenario de trabajo central para distintas disciplinas en las últimas tres décadas, si nos guiamos por la producción existente. Una de las claves de este interés fue de índole práctico, puesto que el territorio permitía mantener una distancia próxima al grueso de la concentración de investigadores en el área metropolitana y acercarse a diferentes problemas y cuestiones de sociedad que se iban sucediendo en la agenda de preocupaciones académicas y públicas. Esto ha contribuido al acopio de una cantidad considerable de estudios sobre distintos temas realizados en dicho territorio, en mayor medida trabajos que se concentran en áreas específicas de los distintos partidos que lo conforman. Y así lo testimonian las vastas producciones de la sociología, la antropología, la ciencia política, la economía y también, quizá en menor medida, los estudios sobre historia reciente, centrados en algunas zonas del Gran Buenos Aires; tanto como la producción de datos estadísticos sobre el conjunto del área o sobre algunos de sus municipios.

Sin duda, esta fecundidad intelectual ha contribuido a graficar el decurso de la Argentina social, económica, política y cultural de las últimas décadas, pero por cierto nuestros trabajos resultaron más investigaciones *en* el conurbano que una reflexión sobre él. No se trató de una omisión producto del descuido, sino que fueron realizados desde puntos de mira específicos y en general problemáticos y, de este modo, contribuyeron, sin desearlo, a la identificación del conurbano con estos y con otros problemas sociales. Así se produjo cierta conjunción entre imaginario social y construcción de conocimiento. Por ello, los distintos capítulos de este volumen pretenden ser una contribución a la reflexión sobre distintas dimensiones y aspectos del Gran Buenos Aires. Una mirada que recupere una perspectiva general sobre el conurbano pero sin perder las heterogeneidades internas entre espacios, tiempos y grupos sociales diversos. De ninguna manera se trata de oponer una mirada reivindicadora frente a una perspectiva centrada en problemas y conflictos, pero sí subrayar aquellas cuestiones que han quedado en una zona de mayor penumbra. Los distintos capítulos retoman las imágenes cristalizadas para cuestionarlas donde sus acentos y ocultamientos no

nos conforman; se basan en el cúmulo de investigaciones realizadas para establecer tendencias generales así como para dar cuenta de aquello que todavía sabemos de forma más fragmentaria. Uno de los desafíos es considerar al conurbano como un fecundo territorio de experimentación social, en parte por la acción del Estado pero en tanta o mayor medida por parte de la sociedad, sindicatos, asociaciones, movimientos y agrupaciones políticas de distinto tipo. Esta mirada estará atenta al conurbano desde su conformación hasta el presente y se preguntará por cuestiones espaciales y urbanas, económicas, políticas, sociales y culturales.

Un libro sobre el conurbano requiere dar cuenta de una serie de decisiones de partida, al menos de tres: la forma de nombrarlo, sus límites y la temporalidad y periodización de los procesos. En cuanto a lo primero, “conurbano” y “partidos del Gran Buenos Aires” se usan para designarlo en el habla corriente y en las representaciones legales. El debate sobre cómo nombrarlo y qué incluir dentro de él se remonta casi a sus orígenes, a las primeras décadas del siglo XX a medida que iba expandiéndose, tal como muestra Adrián Gorelik en su ensayo introductorio. Luego de largos debates entre quienes pugnaban por una denominación que incluyera la capital y sus suburbios y quienes no, el Estado a fines de los cuarenta tercia por definirla como aquellos partidos que la rodean pero que no son la ciudad capital –si bien, para el INDEC, luego el Gran Buenos Aires incluirá a una y a otros–. Lo cierto es que, desde entonces, conurbano y Gran Buenos Aires se usarán excluyendo a la capital, y sobre esto se ha alcanzado consenso. En este libro nos referimos a conurbano y Gran Buenos Aires para denominar los veinticuatro partidos que conforman en el presente el Gran Buenos Aires, según la denominación oficial y corriente, mientras que usamos área o región metropolitana para el conglomerado completo formado por la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Por supuesto, los trabajos de historia se referirán a las jurisdicciones del pasado, diferentes de las actuales, y en ciertos capítulos se incluirán otros partidos cuando sean parte de un mismo proceso descripto. Esta primera decisión se articula con otro dato necesario a tomar en cuenta, sobre todo cuando se trata del análisis de datos y de acciones públicas: los partidos, en particular, y el conurbano, en general, no constituyen una única demarcación para las distintas instancias de administración y

gobierno. En efecto, las regiones sanitarias y educativas, las jefaturas policiales, los departamentos judiciales y los distritos electorales se combinan de manera diferente con los límites de las comunas y de todo el aglomerado metropolitano. De este modo, el conurbano a la hora de pensar en sus formas de gobernarlo se presenta como un objeto de geometría variable.

La segunda cuestión central reside en las temporalidades del conurbano, y esto abarca dos grupos de preguntas. El primer interrogante del volumen era dónde comenzar. No hay una fecha de fundación del conurbano, y los procesos de demarcación de los municipios anteceden a la expansión industrial y poblacional que le dio su magnitud e identidad en el siglo XX. Tal como se muestra en algunos de los capítulos, se trata de un territorio que ya estaba sometido a un proceso de organización previa en el que incidió, entre otros, la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880. Por ello, varios capítulos comenzarán en momentos distintos, atentos a los procesos que describan. A esta pregunta sobre el inicio se suma la de las distintas temporalidades y periodizaciones del conurbano. Los hitos y puntos de inflexión no serán idénticos entre los distintos temas. A una historia de sus límites y organización recién nombrada, de más largo aliento, se añade otra, con origen un tanto posterior, ligada con la expansión urbana del área metropolitana que, se verá, puede asimismo exhibir opciones distintas en sus periodizaciones. Esta historia urbana estará más emparentada con otra económico-social, que sigue de cerca el periplo del auge, la decadencia y la reconfiguración de un conurbano identificado con la Argentina industrial. Sin embargo, un Gran Buenos Aires político tendrá como punto central de inflexión la irrupción del peronismo y la configuración de este territorio como su bastión central. Por lo demás, otros capítulos tendrán sus propios hitos y puntos de inflexión, como se verá cuando se trate la educación, las políticas sociales, los movimientos sociales, la producción y vida cultural o la religiosidad popular. El libro ofrecerá, entonces, una visión articulada de varios conurbanos y de temporalidades posibles para su análisis.

En resumidas cuentas, se trata de un libro que estudia el conurbano a partir de los veinticuatro partidos del presente, pero tomando en cuenta la organización previa y, en ocasiones, extendiendo sus fronteras según lo requieran distintos temas. No elige decididamente un momen-

to fundacional, sino que combina tiempos distintos y periodizaciones generales ligadas a la organización del territorio, la expansión urbana y la economía con otras temporalidades particulares de ciertas temáticas. Los diferentes capítulos darán **cuenta de las imágenes y tendencias** generales, pero intentarán restituir complejidad, matices y temas ocluidos en las narraciones más corrientes.

LA ORGANIZACIÓN DEL VOLUMEN

El libro comprende un ensayo introductorio y cuatro partes. El trabajo inicial de Gorelik plantea las bases de una historia urbana y cultural del conurbano a partir de tres incógnitas: la del nombre, la de sus contrastes internos y con la ciudad capital y la de su identidad. La primera parte del libro agrupa tres artículos, cada uno de los cuales en cierto modo dialoga con alguno de estos tres interrogantes. En torno de la segunda incógnita, Mercedes Di Virgilio, Tomás Guevara y Soledad Arqueros Mejica se preguntan por la historia de la urbanización de esos espacios, dando cuenta de contrastes internos, en los distintos períodos y respecto de la capital. Indagan en las formas de ocupación y expansión territorial de un conurbano que fue mutando hasta cobrar su forma actual. Retomando el primer interrogante, Gustavo Badía y Martina Saudino reconstruyen la historia de las distintas demarcaciones político-administrativas cuyo resultado es el conurbano actual. La organización del territorio se encuentra tensionada entre las pugnas políticas y los desafíos que los cambios en la forma de habitarlo imponían. En el capítulo siguiente, Ramiro Segura da cuenta del proceso de construcción del imaginario del conurbano, mostrando las figuras, imágenes, metáforas e hipérboles que conforman su identidad actual en los medios de comunicación y el habla corriente, al explorar la prensa escrita desde la dictadura militar hasta el presente. Así, la demarcación actual, las formas de habitar y las imágenes que circulan se presentan en esta primera parte con tiempos y periodizaciones que no siempre coinciden entre sí. Cerrando esta parte, el trabajo de Matías Bruno procura ser un reservorio de datos y análisis a partir de los censos nacionales sobre los distintos partidos del conurbano en torno de temáticas tales como estructura poblacional, migración, vivienda, condiciones sociales, entre otras.

La segunda parte trata sobre la estructura económica y social y el mundo del trabajo. Se ofrece al lector una historia acompasada por el proceso de industrialización que tuvo como epicentro al conurbano, como muestra el trabajo de Marcelo Rougier y Graciela Pampin. Un desarrollo industrial que promueve el establecimiento de migrantes internos y externos moldea distintos aspectos de la vida cotidiana y social, como nos muestra el capítulo de Mirta Zaida Lobato a partir de la vida y las trayectorias laborales de trabajadores y trabajadoras a lo largo del tiempo. Los años noventa parecieran ser el punto máximo de ese ocaso industrializador, pero en las décadas recientes, *ésa es la hipótesis* del capítulo de Marcela Vio y María Claudia Cabrera, hay una reconfiguración industrial en distintos territorios del conurbano. Entre tanto, la estructura social del conurbano fue cincelada por cada una de las vicisitudes nacionales, y una importante polarización social, según nos muestra Amalia Eguía, lo caracteriza hace décadas, dejando abierto su capítulo un interrogante sobre los cambios más recientes.

La tercera parte indaga en distintas dimensiones de la política del conurbano en el pasado y en el presente. El capítulo de Matías Bisso reconstruye una historia política previa y posterior a la irrupción del peronismo, mostrando un clivaje inicial entre radicales y conservadores y luego la construcción de un conurbano peronista perenne. El trabajo de Inés González Bombal restituye un tema poco trabajado: el intento de la última dictadura militar de construir su proyecto de continuidad apoyado en el conurbano, apelando a las fuerzas municipales y a los “vecinos”. Gabriel Vommaro en su capítulo repasa las complejidades y transformaciones de la política desde la transición democrática hasta el presente mostrando que, a contrapelo de imágenes habituales que retratan un conurbano de indiscutida hegemonía peronista, se trata por el contrario de territorios heterogéneos y cambiantes. El capítulo de Maristella Svampa ubica la historia de los movimientos de desocupados y sus vertientes en el conurbano de la última década y media, realizando un balance general de la experiencia y de la situación presente. Los otros dos capítulos se centran en aspectos más específicos, pero que hacen a la identidad y la imagen del conurbano actual. Daniela Soldano y María Ignacia Costa reconstruyen el lugar central de las políticas sociales en la vida coti-

diana de vastas franjas de los sectores populares del conurbano desde la restauración democrática hasta el presente. Esta tercera parte se cierra con un capítulo de Myriam Southwell sobre el sistema educativo y el Gran Buenos Aires. Toda la provincia en general, pero el conurbano en particular, concentra un vasto contingente compuesto por millones de estudiantes, docentes, administrativos y padres que le otorgan a la cuestión educativa una importancia social y política que este capítulo presenta. En esta tercera parte, las periodizaciones y las temporalidades de los distintos capítulos no son coincidentes. Si un hito central es la irrupción del peronismo y los distintos ciclos políticos, para las políticas sociales, los movimientos sociales y la política educativa, las tendencias y los puntos de inflexión, como apreciará el lector, serán diferentes.

La cuarta y última parte trata sobre sociabilidad y cultura en el conurbano. Diego Armus y Ernesto Bohoslavsky rastrean la centralidad de las redes sociales en las prácticas de autoconstrucción del Gran Buenos Aires pasado y reciente y, a partir de allí, en las distintas formas de sociabilidad y vida cultural de los suburbios. María Carman retoma ciertos interrogantes, presentados en la introducción, sobre la relación entre la capital y su periferia y se centra en las formas de construcción de distintas formas de alteridad y de distancias sociales entre una y otra así como entre grupos sociales que comparten los mismos territorios suburbanos. Retomando también una de las hipótesis del ensayo introductorio, sobre la creciente producción cultural del conurbano, compleja y variada, Carla del Cueto y Cecilia Ferraudi Curto exploran la forma en que el conurbano aparece en la música, la literatura y el cine desde los años setenta en adelante y nos brindan un panorama de las prácticas culturales de distintos espacios y clases sociales. Pablo Semán estudia luego un fenómeno característico del conurbano: la expansión de lo que se ha llamado “cultos evangélicos”, en el origen de un pluralismo religioso que cuestiona la idea clásica de una Argentina popular monolíticamente católica.

El libro concluye luego de un vasto recorrido. Por supuesto que no todos los temas ni todos los enfoques que configuran la complejidad del conurbano han podido tener un lugar en estas páginas. Pero confiamos en lograr acercarle al lector una mirada de las complejidades de este territorio y de sus distintas dimensiones, dando cuenta también

de los resultados de décadas de investigación y reflexionando sobre su particularidad como espacio social, sobre su pasado y sobre los desafíos que enfrenta en el presente. En otras palabras, contribuir al conocimiento de esa vasta región surcada a diario por muchos de nosotros, pero que no es a menudo objeto de nuestra reflexión en su conjunto.

Ensayo introductorio

Terra incognita. Para una comprensión
del Gran Buenos Aires como Gran Buenos Aires

Adrián Gorelik

Para los 450 años de la fundación de San Pablo, en 2004, la Secretaría de Cultura de esa ciudad organizó una expedición científica de varios días, integrada por geógrafos, urbanistas, antropólogos, sociólogos e historiadores, que partió a reconocer la metrópoli como si se tratara de una *terra incognita*. El hecho es muy elocuente, porque mediante el formato clásico de la expedición científica se pusieron en cuestión la cercanía y la familiaridad de la metrópoli, haciendo evidente una condición esencial para su conocimiento. Ya que si la obligada cotidianeidad en la ciudad opera naturalizando los procesos y los paisajes urbanos tanto como la relación de los habitantes con ellos, toda ciudad demanda para su comprensión una mirada extrañada –y no por azar el extrañamiento fue una de las condiciones de la objetividad establecidas por las primeras reflexiones sociológicas sobre la metrópoli moderna en el albor del siglo XX–. Por eso, este libro sobre el Gran Buenos Aires podría pensarse también como una expedición, no sólo porque se ha debido reunir a un conjunto de autores entrenados en saberes diversos –historia, geografía, sociología, antropología, estudios urbanos–, sino porque el Gran Buenos Aires puede ser tomado doblemente como una *terra incognita*: por aquel recaudo epistemológico general, sin duda, pero también porque es todavía demasiado fragmentario lo que sabemos sobre esta región fundamental para comprender no sólo la metrópoli sino la vida nacional toda. Vamos a ver que hay razones históricas que permiten entender esa fragmentariedad, pero lo cierto es que ante ella se erige, por contraste, una muralla de prejuicios en la opinión pública que presenta al Gran Buenos Aires como una suerte de Far West violento y peligroso. Es una representación

de larga data, que muestra al Gran Buenos Aires como una cintura amenazante –en términos sociales, culturales o ambientales– de la ciudad capital concebida como su antítesis: sea que se denuncie la injusticia presente en el contraste –el Gran Buenos Aires como excrescencia de una ciudad capital que se desentendió de los procesos de expansión urbana que ella misma había generado–, sea que se lo asuma como un orden natural ante el que se deben perfeccionar las barreras de protección, lo cierto es que ambas versiones obstaculizan por igual la percepción de un fenómeno mucho más complejo y variado.¹

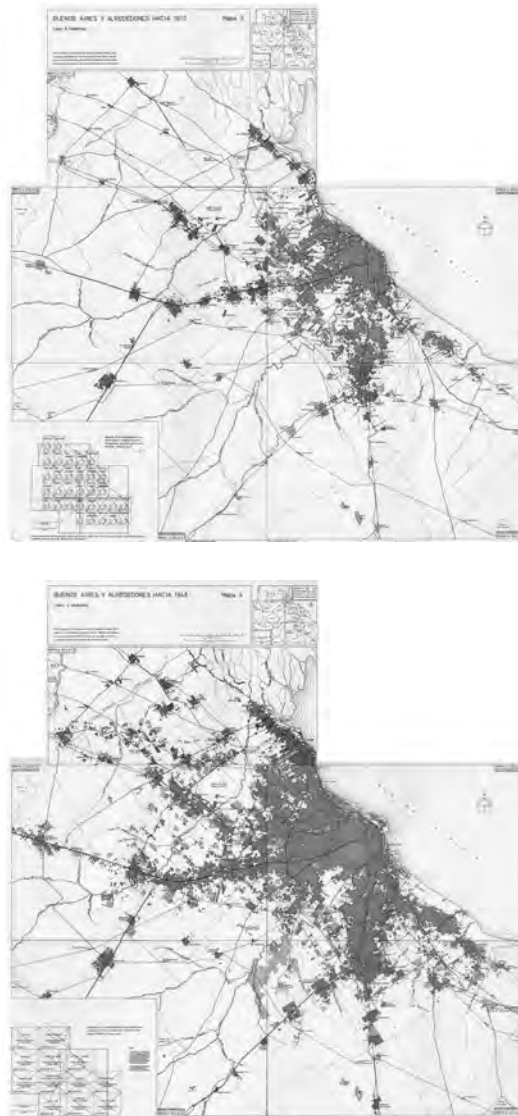
En tal sentido, este libro se propone contribuir a desnaturalizar el relato de la doble fractura en que aquella representación se fundamenta: la fractura entre la capital y el Gran Buenos Aires, pensados como mundos exactamente invertidos, y la que atraviesa al propio Gran Buenos Aires como una cesura primordial entre los dos polos extremos del arco sociourbano, la villa miseria y el *country club*, que protagonizan los imaginarios sociales sobre el conurbano. No se trata, por cierto, de contraponer a aquella representación polarizada una nueva leyenda blanca que muestre un pacificado idilio suburbano o reivindique la epifanía de las luchas populares; se trata, en cambio, de comprender una realidad metropolitana imposible de reducir a aquellos extremos y que, por añadidura, en las últimas décadas ha venido tramando, como nunca antes quizá, el entero territorio urbanizado con líneas de fractura que no respetan los límites jurisdiccionales. Esto es claro dentro de la capital cuando, al salir de las zonas donde parece haberse replegado el carácter público y abierto que antes le daba el tono urbano y cultural a toda la ciudad, nos encontramos con un archipiélago de islas ensimismadas y contrastadas, tanto como cuando descubrimos la vitalidad de lo público en vastas zonas del conurbano que no se reconocen en aquellos dos extremos polares.

Entonces, si enfrentamos un territorio metropolitano atravesado por heterogeneidades, ¿por qué dedicar un libro a esa porción de la metrópoli que es el Gran Buenos Aires? En esta pregunta se hace evidente que desde el comienzo estamos definiendo “Gran Buenos Aires” como lo hace el habla corriente, es decir, como la parte de la metrópoli que creció por fuera de la General Paz, en la jurisdicción de varios partidos de la provincia de Buenos Aires. Y así se comprende también la aparente tautología del título de esta introducción: comprender el Gran Buenos

Aires como Gran Buenos Aires significa recuperar en sede académica y cultural la potencialidad de esta definición profana, en sus propios términos. Por cierto, somos conscientes de que se trata de una definición producida históricamente por la negativa: el Gran Buenos Aires resulta ser en esta acepción la parte de la metrópoli que *no es* la ciudad capital, una metrópoli a la que se le ha extirpado su corazón –del mismo modo, cuando se hipostasía “Buenos Aires” en el reducido territorio de la capital, se pierde simétricamente toda su complejidad de metrópoli contemporánea–. Veremos que esta forma de nominación tan idiosincrática tiene razones históricas, pero conviene aclarar que es una definición que contradice la tradición principal de estudios sobre la región, una tradición de estudios urbanos que –como puede verse en la obra fundamental de César Vapñarsky– siempre insistió de modo normativo en llamar “Gran Buenos Aires” al conjunto metropolitano, no sólo apegándose al significado estricto que dicta la experiencia urbanística internacional –en todas partes, la palabra “Gran” antepuesta al nombre de una ciudad designa la urbe completa sin distinciones jurisdiccionales–, sino buscando también obtener un reconocimiento institucional capaz de traducirse en formas de coordinación de la gestión metropolitana.²

Esa tradición tiene toda la razón al menos en un punto clave: es imposible para cualquier estudio urbano serio –especialmente si se quieren comprender procesos sociourbanos o ambientales– eludir una visión conjunta, y por eso en muchos de los capítulos de este libro –y en este mismo ensayo introductorio– el objeto de estudio queda por momentos definido de acuerdo con este segundo enfoque inclusivo, es decir, la Capital Federal más el Gran Buenos Aires como un único fenómeno sociourbano. Pero justamente atendiendo a esta certidumbre, se vuelve más necesario explicar por qué el objetivo mayor de este libro es recortar esa fracción de la metrópoli, el Gran Buenos Aires, como un objeto con personalidad propia –una personalidad que resulta una hipótesis de trabajo, puesto que no yace allí pronta y disponible para la interpretación–.

Figura 1. Mapas históricos de la ocupación del territorio correspondiente al actual Gran Buenos Aires en 1910 y 1948, realizados por César Vapñarsky.



Fuente: Vapñarsky, 2000. Cortesía de María Vapñarsky y Catalina Wainerman.

No se trata, por cierto, del mero resultado de un diseño editorial –en definitiva, este volumen cierra una *Historia de la provincia de Buenos Aires*–, sino que se fundamenta en una doble constatación más conceptual. Por una parte, la certidumbre de que en las últimas décadas el “suburbio” se ha venido emancipando de los significados (urbanos, sociales y culturales) que antes le venían dados por su pertenencia estructural a los procesos urbanos generados por la capital. En efecto, si el suburbio clásico solía ser pensado como una réplica imperfecta, cuyas potencialidades se agotaban en las de un centro que lo representaba e incluía a la perfección, hoy parece haber tomado vida propia, una vida que, como veremos, afecta su propia definición como suburbio. Por otra parte, esta nueva realidad explica también la segunda constatación: la tradición analítica que ha estudiado el “Gran Buenos Aires” como conjunto metropolitano formado por la capital y los distritos provinciales que fue cubriendo con su expansión, aun apoyándose en razones históricas y en la convicción técnica y política de la necesidad de coordinación y regionalización, en verdad reprodujo, sin ser del todo consciente de ello, la visión *capital-céntrica* inscripta en la dinámica misma del proceso de urbanización examinado. Por eso, tal visión ya no podría dar cuenta de la crisis terminal de aquel modelo de ciudad expansiva ni, menos que menos, construir desde su enfoque piramidal los criterios con los cuales observar este nuevo suburbio emancipado de sus significados tradicionales. Y es que esta radical novedad ha desplazado el foco de intelección del conjunto metropolitano: porque éste ha multiplicado los centros, mostrándose como una estructura infinitamente más enmarañada que un cono monofocal, y porque los nuevos suburbios –en plural– encierran las claves que deben ser descifradas para comprender desde allí –desde “afuera”– lo que ha venido ocurriendo *también* en la ciudad capital, ese sector de la metrópoli que, por haber tenido una historia tan rica de representaciones, quizás hoy esté en una situación desventajosa para ajustar sus imaginarios a una realidad que los ha dejado tan atrás.

Los capítulos que componen este libro son excelentes aportes para el ejercicio de composición de este mosaico que es el Gran Buenos Aires como objeto específico de investigación. En este ensayo introductorio no me propongo recorrer sus temas, elocuentes de por sí, sino seguir el hilo de tres incógnitas que ya se han mencionado y que forman a mi

juicio el suelo de la indagación histórica del Gran Buenos Aires como *terra incognita*: la incógnita del nombre, la del contraste con la ciudad capital y la de su misma identidad como región. Las tres se acomodan a las etapas que hemos organizado para pensar esa historia: las dos primeras ocupan el período expansivo de la metrópoli, que va desde finales del siglo XIX hasta comienzos de la década de 1970, un período que se divide a su vez en dos momentos en torno de 1938; la tercera se concentra en el período posexpanensivo, que va de comienzos de la década de 1970 hasta el presente aunque también reconoce una partición interna, ya que sus perfiles se terminan de definir con claridad en la década de 1990.

LA INCÓGNITA DEL NOMBRE

Nombrar es definir y delimitar, clasificar y ordenar –un ejercicio de poder en toda la regla, como advirtió Foucault–. El territorio sobre el cual se asienta el Gran Buenos Aires fue nombrado de diversas maneras a lo largo de la historia pero, especialmente, a medida que la ciudad de Buenos Aires comenzaba a crecer en importancia y tamaño, durante el siglo XIX, siempre se lo llamó en relación con ella, siendo alguna variante de “los alrededores” o “las afueras” el modo más frecuente. Ya a comienzos del siglo XIX puede notarse en las zonas altas que rodeaban la ciudad la ubicación de quintas de algunas familias británicas –pioneras en la creación de rituales de disfrute del aire libre y en la introducción de elementos de confort doméstico, como han mostrado Troncoso y Silvestri–. También el caserón que Rosas se hizo construir en Palermo en los años 1830, como centro productivo y político fuera de la ciudad, contribuyó con esa orientación hacia el verde suburbano ya de moda en las clases altas porteñas.

Por supuesto, “alrededores” es una noción siempre relativa y, en un proceso de crecimiento tan explosivo como el que ocurre en Buenos Aires desde el último tercio del siglo XIX, el laxo límite que divide lo que es núcleo de lo que es contorno se mueve siempre hacia afuera, siendo la red ferroviaria el principal factor que empujó tal dinámica. Hacia fines del siglo XIX queda definida la traza básica ferroviaria que va a alimentar al suburbio en sus direcciones principales, favoreciendo un contacto per-

manente de la ciudad con los pocos pueblos ya existentes en la campaña —como Morón y Moreno, Quilmes o San Isidro, fundados en el siglo XVII o comienzos del XVIII— y, especialmente, impulsando la emergencia de otros nuevos, cuya instalación ya es parte entonces de un incipiente proceso de expansión que se va a acelerar a comienzos del siglo XX —Charles Sargent mostró que, entre 1870 y 1900, los pueblos y villas de las afueras de Buenos Aires pasaron, gracias al ferrocarril, de veinte a cincuenta—. Ésta es una característica que distingue la expansión de Buenos Aires entre la de las grandes ciudades de la época: su crecimiento sobre un territorio con pocas preexistencias. El ejemplo opuesto que sirve para ilustrarlo es el de Londres, que en su expansión fue amalgamando una multitud de aldeas y pueblos de varias veces centenaria historia —el neologismo *conurbation*, propuesto en 1915 por el biólogo e intelectual escocés Patrick Geddes, buscó dar cuenta justamente de esa cualidad “coalescente” del *Greater London*—. Buenos Aires, en cambio, expone el fenómeno fulminante de la emergencia autogenerada de una metrópoli en la pampa.

La expansión inicial en Buenos Aires tuvo dos fuertes impulsos, entre 1905 y 1914 uno, y en la década de 1920 el otro, cuando queda conformado el esquema metropolitano radial como parte indistinguible de la propia densificación de la ciudad capital dentro de los ambiciosos límites definidos en 1887 —con la anexión de Flores y Belgrano y el trazado de la futura General Paz—. La radicación extracapitalina estuvo protagonizada, en este primer momento, por muy diversos sectores sociales, fue motivada por razones variadas y originó, por ende, imaginarios suburbanos contrastantes. El alto costo relativo del ferrocarril permitía viajes diarios a la ciudad a una clase media de empleados de alto nivel o profesionales que encontraba oportunidades en los nuevos loteos a mejores precios que en la capital. Perseguían además el ideal de una vida hogareña y bucólica, de acuerdo, una vez más, con el ejemplo de la colectividad inglesa, que iba acompañando la instalación del ferrocarril con sus chalets, sus clubes deportivos y sus colegios en Quilmes, Lomas de Zamora, Hurlingham o en todo el eje norte entre Belgrano y San Isidro. La facilidad del acceso a la ciudad llevaba asimismo a algunos sectores de clase alta a convertir su quinta de verano en residencia principal. Y, por otra parte, el crecimiento del tradicional sector industrial de Barracas al Sud —distrito rebautizado como Avellaneda en

1904—provocaba el desarrollo de una cantidad de loteos para trabajadores y empleados, que se convertían en centros de consumo y comercio a lo largo del eje sur. En los dos primeros casos de suburbanización encontramos el germen de lo que se denomina “ciudad dormitorio”, definida por los viajes cotidianos de sus habitantes al centro de la ciudad; en el tercero, la vinculación entre residencia y trabajo desarrolla una población y una dinámica más autónomas, aunque en el caso de Buenos Aires, de todos modos, la razón de ser del surgimiento de esos pueblos en el sur también se asentará en su relación umbilical con la capital. Hacia 1930, cuando la ciudad de Buenos Aires contaba con poco más de dos millones de habitantes, ya casi había otros 800.000 instalados en sus alrededores; de esa fracción extracapitalina, el 56% vivía en la zona sur —el segundo gran “polo de crecimiento” de la región, según Sargent, después de la propia capital—, el 32% en el norte y apenas un 12% en el oeste, que todavía seguiría siendo mayormente el eje horticultor de provisión de la metrópoli.

Fue esta nueva realidad de una ciudad que crecía por fuera de sus límites jurisdiccionales lo que llevó a los especialistas en la década de 1920 a buscar términos específicos para designar ese conjunto metropolitano. Pero no se trataba de una simple constatación objetiva que requería apenas un ajuste nominal, sino de una batalla conceptual y política en un campo denso de debate tanto internacional como local. La coyuntura de la entreguerra había combinado dos cuestiones en el plano internacional: por una parte, la consolidación de la disciplina del urbanismo, que venía sosteniendo la necesidad de descentralización y regionalización de las grandes ciudades; por otra parte, el surgimiento de un novedoso reformismo municipal (socialdemócrata o comunista) como consecuencia de la crisis de la primera posguerra, que produjo la conciencia de una vinculación estructural entre la reforma sociopolítica y su lugar de aplicación, la ciudad. La Viena Roja y la Berlín de Weimar fueron dos de los casos más extremos de este reformismo, pero el impulso a la reforma institucional fue mucho más generalizado, de modo que las nociones preexistentes en el lenguaje técnico del *Grosse Berlin*, el *Greater London*, la *Region Parisienne* o el *Greater New York* por esos años veinte comienzan a buscar forma institucional mediante nuevas figuras de gobierno o de instancias de coordinación para la elaboración de planes de intervención.

En el medio local, este clima de reforma tenía su propia historia y su realidad específica. Hacia la década de 1920, cuando se advierte que los barrios que habían estado creciendo en las “afueras” –y se trata todavía de la primera corona de barrios que surge dentro de la capital: Pompeya, Patricios, Boedo, Almagro, Saavedra– no eran simples añadidos a una ciudad que se mantenía idéntica a sí misma, sino los animadores de una transformación general, comienza a establecerse una identificación ideológica polarizada en la que el suburbio queda alineado con el reformismo y la defensa de la centralidad tradicional, con el *establishment* conservador. De hecho, la clásica polémica literaria entre los grupos de “Boedo” y de “Florida” –el realismo social versus el vanguardismo elitista, de acuerdo con sus propias representaciones– muestra, más allá de los malentendidos que generó en la literatura, que los imaginarios sociopolíticos y culturales que enfrentaban “el barrio” y “el centro” estaban extendidos a todos los planos de la vida pública.³

Por supuesto, para calibrar bien estos debates, tampoco hay que olvidar que el carácter de esa “centralidad tradicional” se había terminado de constituir apenas una década atrás, durante el Centenario, cuando Buenos Aires se celebró a sí misma como el resultado más palpable de treinta años de progreso nacional: así de joven es lo “tradicional” en una ciudad tan drásticamente moderna como Buenos Aires. Y quizá por la falta de raíces de aquello que defendían, los portavoces del *establishment* sólo lograban pensar el suburbio en términos de amenaza: anomia y desorganización, pérdida de la forma de la ciudad y la cultura, inmigración y pobreza. Así, un urbanista conservador podía afirmar en plena expansión suburbana que no había que gastar recursos en mejorar esos arrabales, distrayéndolos de las obras importantes que había que seguir haciendo en el centro –“el corazón de la urbe [que] se sofoca y oprime”–, mientras en el otro extremo, un joven Jorge Luis Borges situaba su “fundación mitológica de Buenos Aires” en un lugar tan improbable como Palermo –y no siempre se ha advertido la radicalidad de ese gesto de Borges de cimentar la identidad de la ciudad en un descampado todavía suburbano, cuadrículado en manzanas de repetidas casitas de inmigrantes–.⁴

Este tipo de debates fue estimulado por el Proyecto Orgánico de Urbanización del Municipio que la Comisión de Estética Edilicia, creada por el gobierno municipal en 1923, estaba dando a conocer a una agitada

opinión pública. La conmoción se justifica, porque ese plan fue la primera intervención urbanística que legitimaba el crecimiento suburbano dentro de los límites de la ciudad capital, al tiempo que proyectaba esa ambición reformista hacia afuera, postulando que “los numerosos pueblos que circundan nuestra urbe [...] han de contemplar su posible anexión al ejido de la Capital, puesto que situados a lo largo de su cinturón urbano, están llamados a compartir su porvenir”.⁵ Es evidente, en este sentido, que el debate sobre los “barrios excéntricos” se produjo en la década de 1920 sin distinguir jurisdicciones; así se tratara de Pompeya o Valentín Alsina, a ambos lados del Riachuelo, o de Mataderos o San Martín, a ambos lados de la futura General Paz, cualquier foco de atención que amenazara la jerarquía y la unidad formal del centro era rechazado por las posiciones conservadoras, mientras que el reformismo, sensible a la lógica expansiva en la cual los límites jurisdiccionales parecían apenas un accidente temporario, veía un continuo en el movimiento hacia afuera de la ciudad, que obligaba a recentrarla siempre en torno de su parte más joven, donde estaba la población más necesitada pero también más dinámica.

Por eso, las principales figuras que en este período se proponen comprender la expansión por fuera de la Capital Federal como parte de una única realidad metropolitana son las mismas que alientan la reconfiguración interna de la ciudad para dar mayor protagonismo a sus barrios populares: Benito Carrasco, por ejemplo, ingeniero agrónomo y publicista del urbanismo que ya desde los años del Centenario venía contrariando al *establishment* porteño al proponer la constitución de un nuevo centro metropolitano en torno del Parque Centenario. Decía que “la ciudad del porvenir” debía desarrollarse al oeste de Callao-Entre Ríos, avenida en la que denunciaba el límite infranqueable de la imaginación de los urbanistas conservadores, y en la década de 1920 iría más lejos todavía (literalmente) alentando la formación de una “confederación de municipios” para reforzar con infraestructuras adecuadas la vinculación funcional que ya existía entre la capital y las localidades de los partidos provinciales.⁶

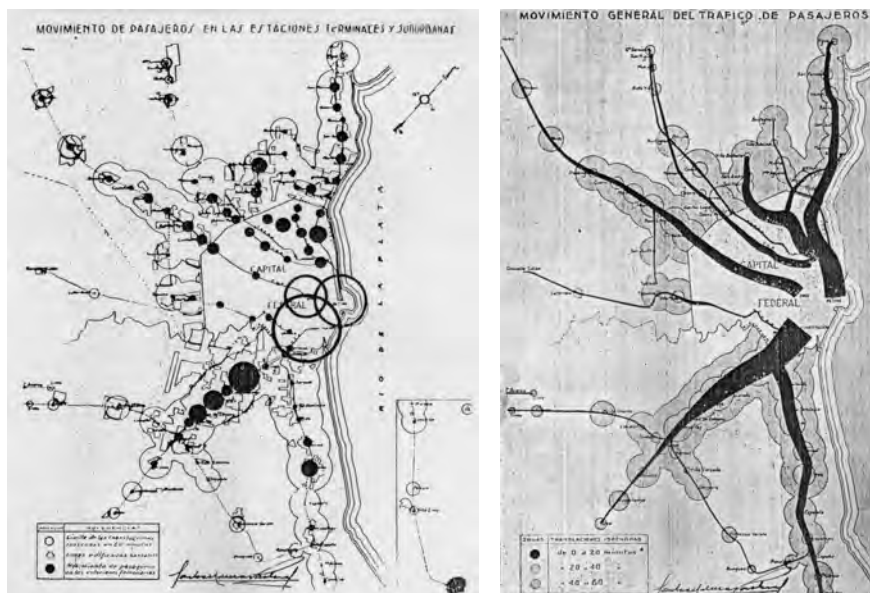
Así, todo el debate urbano de los años veinte y treinta podría presentarse como una polémica sobre el suburbio o, mejor, sobre cómo –y cuánto– debe crecer la ciudad, sobre qué debe considerarse o no parte de ella, o sobre qué estatuto deben tener los barrios populares que ya la

han extendido hacia nuevas regiones. Debate cuyo carácter ideológico se advierte hasta en las propuestas de los urbanistas extranjeros que visitan Buenos Aires, como Le Corbusier, que en 1929 plantea su *cit  des affaires* sobre el río como modo –originalísimo– de replegar la ciudad sobre su viejo corazón, interpelando así las aspiraciones restauradoras de la elite porteña; o Werner Hegemann, quien en sintonía con el Partido Socialista y los urbanistas reformadores criticar  en 1931 que “[los porteños] sólo clavan su atención fascinada en los relativamente pequeños problemas del viejo centro de la ciudad [y] se olvidan de que hoy, fuera de los azarosos límites políticos de la denominada Capital Federal, se obstruyen y destruyen irracionalmente las posibilidades de una vivienda sana, de sistemas de parques más espaciosos, de reservas de bosques y de vías de tránsito [...]”, mostrando la necesidad de un plan regional y de una gestión unificada de la expansión.⁷

Uno de los interlocutores de Hegemann en Buenos Aires fue Carlos María della Paolera, formado como urbanista en París en los años veinte con una tesis cuyas conclusiones expuso en 1927 en una serie de notas en *La Razón*, tituladas “El plan regulador de la aglomeración bonaerense”. All  hacía un minucioso análisis del funcionamiento del conglomerado urbano, utilizando como criterios para determinar su tamaño la relación funcional del centro con los radios más alejados –evidenciada por los traslados diarios de pasajeros en los medios de transporte–, la continuidad material de la edificación y la densidad de población.

Ya instalado en el país, Della Paolera va a cumplir roles protagónicos en la consolidación de la disciplina del urbanismo y, muy en especial, va a ser un propagandista incansable de la necesidad de un convenio entre la capital y la provincia “para que desde un punto de vista técnico se organice como un solo conjunto a la gigantesca urbe que poseen en condominio”, como escribía en 1936 en un texto titulado, precisamente, “El Gran Buenos Aires”.⁸ Ese año se realizó –luego de más de dos décadas sin datos– un censo municipal que, como señalaron Novick y Caride, ofreció un elemento crucial para dinamizar estos debates al mostrar que la población de la capital (con 2.400.000 habitantes) había comenzado a decrecer en relación con las localidades periféricas, que en el censo provincial de 1938 llegaron a tener 1.200.000 habitantes, ya la mitad de la ciudad.

Figura 2. Planos sobre el movimiento de pasajeros en el Gran Buenos Aires a finales de la década de 1920.



Fuente: Carlos María Della Paolera, “Urbanismo y problemas urbanos de Buenos Aires”, conferencia del 15 de septiembre de 1929 en el Instituto Popular de Conferencias, folleto, Buenos Aires, 1929.

Pero detengámonos por un momento en una intervención inmediatamente anterior al censo de 1936, la del geógrafo Romualdo Ardissonne, que advertía que, para su eficacia, éste debía realizarse sobre la “totalidad de la aglomeración urbana bonaerense”.⁹ El razonamiento que sigue Ardissonne es que no debe confundirse entre el *municipio* de Buenos Aires, una jurisdicción formal rígida, con un “límite cristalizado”, y la *ciudad* de Buenos Aires, “una cosa viva, palpitante [que] manifiesta una formidable tendencia a la expansión”. Para Ardissonne, la ampliación jurisdiccional simplemente suponía dar cumplimiento a la tradición maestra, reformista, del pensamiento urbano local, que durante el siglo XIX no había hecho más que adecuar el tamaño del municipio a las necesidades de expansión de la ciudad. Para eso, hace dos propuestas: una, inmediata, que el censo de 1936 contemple toda la *ciudad*—la *Gran Buenos Aires*— y no sólo el *municipio*; la segunda, más estratégica, que

se modifiquen una vez más, como se había hecho por última vez en 1887, los límites jurisdiccionales de la ciudad para adecuarlos a la nueva y dinámica realidad urbana.

El pensamiento especializado ya se había unificado hacia 1936 en torno de la aceptación reformista de la expansión extracapitalina pero, como se ve en estos ejemplos, oscilaba entre dos modelos para abordarla: federalizar toda la conurbación o crear instancias operativas de gestión técnica coordinada entre capital y provincia para la confección de un plan regional. Lo que no permitía dudas era el objeto al que debía aplicarse la planificación: el “Gran Buenos Aires” como metrópoli en su conjunto. Y si las condiciones político-institucionales no eran entonces las más favorables –la modernización conservadora del intendente de la capital, Mariano de Vedia y Mitre (1932-1938), estaba consolidando toda la trama urbana del distrito, negando tanto la posibilidad de la reforma interna como la proyección externa de un plan metropolitano–, en la década siguiente, en cambio, se pudo pensar que se estaba muy cerca de concretar al menos la segunda de aquellas propuestas. No en vano el peronismo llevaba en 1946 la palabra “planificación” a su máxima jerarquía ideológico-institucional –los planes quinquenales como guía de gobierno–; el intendente de la capital, Emilio Siri, formaba en 1947 una comisión de Estudio del Plan de Buenos Aires (EPBA) con figuras de primera línea del urbanismo moderno, que proponía la “confección de un Plan del Gran Buenos Aires”; y el censo de población del mismo año cumplía al fin el reclamo de Ardissonne, designando como unidad de análisis demográfica a un “Gran Buenos Aires” compuesto por la capital más los distritos provinciales. También en el gobierno de la provincia –como mostraron exhaustivamente Passalacqua y Caride– parecían compartir esas premisas; aunque el decreto 70, promulgado en 1948 por el gobernador Domingo Mercante, diera nacimiento oficial a un Gran Buenos Aires exclusivamente provincial –el decreto designa como tal a catorce municipios de la provincia–, dejaba muy claro que se estaba ante una única realidad urbana compartida con la capital, que debía abordarse mediante un Plan Regulador común, y creaba para su formulación una Comisión Asesora dirigida por José María Pastor, joven arquitecto que venía promoviendo enfáticamente la necesidad de la unificación metropolitana, imbuido de las teorías anglosajonas de la planificación regional.

Sin embargo, las incompatibilidades institucionales y la ausencia de voluntad del gobierno nacional –la única autoridad con capacidad de afectarlas– volvieron impracticable cualquier tipo de coordinación. El plan del EPBA se limitó a la ciudad capital, la Comisión Asesora del Gran Buenos Aires comandada por Pastor quedó constreñida a la realización de planes sectoriales para los municipios provinciales y, de hecho, la denominación Gran Buenos Aires que se impuso fue aquella fijada por primera vez en el decreto de 1948: las partes de la metrópoli por fuera de la Capital Federal. El pensamiento urbanístico siguió insistiendo en su vocación normativa de llamar “Gran Buenos Aires” al conjunto, pero esa denominación sólo iría a establecerse en los censos –el de 1949, continuando la práctica iniciada en 1947, designó como unidad censal “Gran Buenos Aires” a la capital y a los entonces diecisiete partidos provinciales, criterio que con el ajuste a veinticuatro partidos mantiene hasta hoy el INDEC– y en algunos de los planes que se sucederían en la órbita capitalina, provincial o federal. Pero sólo en sus textos, ya que no se pudieron crear instancias ni siquiera parciales de coordinación: las pocas que se suelen mencionar son tan excepcionales, como el Cinturón Ecológico durante la última dictadura, que no hacen más que confirmar la regla. Más aún, ya no se pudo afectar la identificación establecida entre el nombre “Gran Buenos Aires” y la parte provincial de la metrópoli; en verdad, el pensamiento urbanístico no logró desde entonces, como advirtió Passalacqua, siquiera un mínimo consenso en las formas de denominar el fenómeno urbano bonaerense.

Hubo todavía dos momentos en que la imaginación técnica volvió a movilizarse con este tema. El primero, cuando el proyecto del presidente Alfonsín de mudar la capital a Viedma abrió el problema del destino de Buenos Aires: se llegó a hablar por entonces de unir en una provincia nueva a toda la conurbación, retomando curiosamente una propuesta realizada por funcionarios de la dictadura en 1980, algo que en términos tanto económicos como político-electorales habría supuesto un agravamiento descomunal de los desequilibrios nacionales. El segundo, cuando el debate sobre la autonomía de la Capital Federal en la reforma constitucional de 1994 alertó sobre el efecto contrario al históricamente buscado: un repliegue de la capital sobre sí misma, que iba a dificultar todavía más la coordinación, como se evidencia, por ejemplo, en cada

discusión sobre el gasto que insume el uso de hospitales porteños por los habitantes del conurbano.

Lo cierto es que la denominación del Gran Buenos Aires como la incorporó la lengua corriente, inaugurada por el decreto 70/48, podría verse como la demostración palmaria del fracaso del pensamiento planificador. Claro que en ninguna gran metrópoli del mundo ha sido fácil la coordinación interjurisdiccional, eso no es un fenómeno peculiar de Buenos Aires. Pero en pocas metrópolis ha resultado tan imposible como aquí, y sólo aquí esa imposibilidad ha quedado cristalizada en el propio nombre, cual recordatorio, tan inconsciente como permanente, de la partición interna a la metrópoli que señala la General Paz, esa avenida emblema de una divisoria cargada de significados en la cultura nacional.

Así, entre ambos “Gran Buenos Aires”, el del pensamiento urbano y el del habla corriente, entre la idea que nace en los años veinte y el distrito realmente existente que se bautiza en 1948, se filtra buena parte de los conflictos que marcan la historia urbana de esta ciudad; especialmente, el conflicto entre técnica y política, que no se manifiesta sólo en la falta de instituciones estables para la coordinación metropolitana o en la dificultad de la implementación de programas de acción duraderos sino, de modo más abarcador, en la ausencia congénita de traducción política de los problemas urbano-territoriales. Ausencia a la que contribuyen los hábitos de un campo político que sólo atiende las necesidades coyunturales de los tiempos cortos de gestión, pero también los de un campo técnico que, tras la gran coartada que le ofrece la política, suele ocultarse sus propias limitaciones, suponiendo un consenso entre los especialistas que nunca se pone a prueba, lo que quizá explique la llamativa escasez de debates sobre temas metropolitanos. En todo caso, el nombre “Gran Buenos Aires” no hace más que mostrar la compleja e irresuelta historia de las relaciones entre saber y poder en el territorio metropolitano.

LA INCÓGNITA DEL CONTRASTE

Se señaló al comienzo la necesidad de desnaturalizar una doble fractura: entre la capital y el Gran Buenos Aires y, en el interior de este último,

entre la villa miseria y el *country club* como polos excluyentes del universo sociourbano, porque ninguno de los dos da cuenta de la realidad multifacética de la metrópoli actual. Pero debe aclararse que se trata de dos fracturas muy diferentes, que responden a imaginarios sobre el suburbio formados en momentos históricos distintos: el primero nace con la ocupación masiva del conurbano en los años cuarenta y cincuenta, cuando se forma lo que podemos llamar el Gran Buenos Aires clásico; el segundo, en las últimas décadas, con el fin del proceso expansivo y los cambios radicales que ese final supuso en los patrones de urbanización y en las condiciones socioambientales de la metrópoli. Para poder distinguirlos con claridad, conviene entonces hacer primero un rápido recorrido por las etapas del ciclo expansivo que, como se anticipó, transcurre entre finales del siglo XIX y la década de 1970, momento en que diversos indicadores muestran su agotamiento; en especial, la desaceleración del crecimiento por migraciones, la deslocalización industrial y la caída de las redes públicas y del Estado de Bienestar que las había conformado, procesos que, si ya mostraban signos incipientes a comienzos de la década, la dictadura militar convirtió en políticas explícitas a partir de 1976. En este apartado analizaremos la conformación de aquella ciudad expansiva hasta los años **setenta, para ver en el próximo** qué clase de metrópoli fue surgiendo entre sus restos.

Por cierto, cuando decimos *expansión* no nos referimos simplemente al proceso de crecimiento urbano —que no se detuvo en 1970—, sino a una forma de la modernización sociourbana en todo Occidente que en Buenos Aires se cumplió —casi como en ninguna otra ciudad latinoamericana— a través de una triple tensión: hacia afuera en el territorio (la expansión urbana), hacia adentro en la sociedad (la integración social en el espacio público y el mercado) y hacia adelante en el tiempo (la idea de proyecto). Esa temporalidad expansiva incluyó, bajo el ideal modernista de una urbanización homogénea, el conjunto de aspiraciones y realizaciones de la totalidad metropolitana: una idea de espacio público, un imaginario de la reforma y un modelo de cohesión sociourbana que se proyectaban como una pirámide desde el centro/vértice hasta la base/periferia. El quiebre de ese modelo —el agotamiento del ciclo expansivo desde 1970— ha puesto al descubierto su carácter de ficción modernista; pero, al mismo tiempo, sería imposible comprender incluso la nueva ciudad resultante en nuestros días sin notar que esa

ficción trajo consecuencias duraderas que hacen de Buenos Aires un caso específico de urbanización.¹⁰

Veamos entonces la cuestión de la primera fractura, que se produce en el interior mismo del proceso expansivo, partiéndolo en dos territorios con desempeños sociourbanos tan diferentes a cada lado de la General Paz. Y si esta avenida es el parteaguas territorial, 1938 es el temporal. Ya en sus estudios pioneros, Horacio Torres señaló que 1938 dividía dos períodos de suburbanización: el primero dentro de la capital y el segundo en el Gran Buenos Aires –y desde nuestro punto de vista, ese año tiene además la virtud de ubicarse casi exactamente en la mitad del proceso de expansión territorial (entre 1895 y 1975), lo que permite establecer comparaciones entre dos momentos de duración similar-. Los datos censales de 1938 muestran que la Capital Federal estaba casi completando su población con más de 2,5 millones de habitantes –se estabilizará en poco tiempo cerca de los 3 millones-; por lo tanto, es a partir de esa fecha cuando el Gran Buenos Aires –que con más de 1,2 millones superaba ya el tercio de habitantes de la metrópoli- comienza a absorber la casi totalidad del crecimiento poblacional metropolitano. Pues bien, si vemos el desempeño de la expansión durante los primeros cuarenta años, notaremos que la población metropolitana se multiplicó casi por cinco –de poco más de 800.000 habitantes en el censo de 1895 a casi 4 millones en el de 1938-, en una situación social de gran complejidad por la transformación demográfica, ya que en buena parte de esta primera fase expansiva se estuvo siempre cerca del 50% de población extranjera –porcentaje que crecía exponencialmente en los suburbios populares-. Sin embargo, en esos cuarenta años se extendió al conjunto urbanizado toda la infraestructura sanitaria y vial y una muy compleja red de equipamientos socioeducativos, de modo que ya hacia 1930 podía advertirse que la integración entre los nuevos suburbios populares y el centro tradicional había sido total y completa; en verdad, eran los suburbios populares los que le estaban dando el nuevo tono sociocultural al conjunto de la ciudad. Si vemos en cambio el desempeño de los cuarenta años posteriores, con un proceso demográfico mucho menos explosivo –la población se multiplicó por poco más de dos, de los casi 4 millones de 1938 a unos 9 millones en 1975-, la cobertura de la infraestructura fue, sin embargo, muy deficiente. Mientras la periferia del primer momento expansivo ya tenía, por ejemplo, una cobertura

sanitaria del 100%, en grandes sectores de la periferia de este segundo momento no se llegaría nunca al 10%. No extraña así que muchos de los nuevos suburbios populares nunca lograran articularse del todo con la ciudad consolidada en el período anterior.

Por supuesto, hay algunas razones elementales para este desempeño diferencial. En primer lugar, la superficie cubierta por la urbanización: si bien el segundo momento expansivo fue mucho menos explosivo en términos demográficos, en términos de superficie creció el doble en relación con la población, completando hacia 1975 los dos primeros “cordones”, como se llama a los anillos que rodean a la ciudad capital separados entre sí por el Camino de Cintura.¹¹ En términos de cobertura de servicios e infraestructura, esto resultó un desafío mayúsculo; claramente, uno de esos casos en los que lo cuantitativo se vuelve cualitativo. En segundo lugar, el primer momento expansivo se resolvió con recursos públicos de todo el país, movilizados para convertir a la Capital Federal en la vidriera del Estado argentino, y con recursos privados de los sectores más dinámicos y/o poderosos de la economía nacional, mientras que el esfuerzo del segundo momento expansivo recayó, básicamente, en un gobierno provincial que siempre vio la conurbación más como un problema que como una potencialidad, y que a poco de andar fue derivando muchas de las materias que hacen a la calidad de la vida urbana —comenzando por el espacio público y siguiendo por algunas de las infraestructuras básicas— en municipios con escasísimos recursos materiales y simbólicos. Razones elementales, sin duda, pero tanto que nos han llevado a naturalizar el contraste, mientras que al analizar en detalle el primer momento expansivo se advierte que no estaba para nada asegurado su resultado. Lo que lleva a preguntarse por qué la metrópoli fue capaz de incorporar nuevos contingentes de población en una estructura urbana inclusiva en su primera expansión, y luego, a la hora de darle forma al Gran Buenos Aires, no pudo repetir esa experiencia: ¿qué impulso se detuvo?

Una respuesta posible es que en el primer momento expansivo se produjo una relación virtuosa entre los roles autoasignados del poder público en la ciudad y el dinamismo de una sociedad urbana, popular y heterogénea. Una relación virtuosa que tuvo una base material urbana: el trazado, por parte del poder público, de un plano amanzanado para casi todo el territorio de la primera expansión. Cuando el territorio de la

Capital Federal se amplió en 1887, se incorporaron al distrito municipal las tierras semirurales sin urbanizar; para esas tierras se realizó el plano público —por una Comisión Municipal que se formó en 1895, confeccionó el plano en 1898 y lo publicó en 1904—, que fue trazado como un diagrama de urbanización bastante rudimentario (cuadrículado), muy poco apreciado tanto entonces como después, criticado doblemente por tradicional —la memoria de la cuadrícula colonial— y por moderno —la disposición más favorable para la explotación capitalista del suelo—. Mirado a la distancia, resulta fácil comprender que se trató de un caso de reformismo urbano poco común, sólo comparable al del plano de los Comisionados de Nueva York de 1811, la grilla que previó la expansión a toda la isla de Manhattan cuando apenas estaba edificado su extremo sur. Y contra toda la literatura crítica de la cuadrícula, es posible ver que, en una ciudad de crecimiento explosivo como Buenos Aires, la previsión estatal de un tablero homogéneo para todo un inmenso territorio de expansión favoreció que en un breve plazo se unificara el centro tradicional con los nuevos suburbios populares, eliminando las barreras que en tantas ciudades latinoamericanas alimentaron la segmentación urbana y social.

En efecto, la expansión sin la guía de planos públicos en gran parte de las ciudades latinoamericanas produjo dos tipos de suburbanización bien diferentes, la de las clases pudientes —en barrios pintorescos planificados privadamente— y la de las clases populares —en barrios de generación espontánea, fuera de reglamentación y legalidad—, dando lugar a un *patchwork* de alto contraste entre barrios altos y arrabales miserables. Por el contrario, el plano público regular de 1904 obstaculizó en Buenos Aires la emergencia del *patchwork* latinoamericano, porque su uniformidad generó una relativa homogeneidad de la oferta inmobiliaria y ambas expansiones se tradujeron en una distribución pareja de la heterogeneidad social, étnica y nacional en el territorio suburbano.

Hasta aquí pusimos el acento en la voluntad pública reformista que precedió a la expansión —ya que, como mostró Scobie, ésta comienza masivamente hacia 1904 impulsada por una combinación de transportes baratos (el *tramway* eléctrico) y loteos en cuotas—; es decir, una voluntad pública que funcionó como *a priori* técnico-ideológico.¹² Pero la propia experiencia de la expansión muestra bien cómo esa voluntad pública fue resignificada por la sociedad popular mediante batallas contra

sectores de la sociedad establecida que –como vimos a propósito de los debates sobre el suburbio– no compartían la voluntad integradora implícita en el plano público de expansión. Ese plano público de 1898-1904 había supuesto un soporte inicial muy precario: cuando comenzó su ocupación efectiva no existía todavía ningún tipo de infraestructura (vial o sanitaria), ni ninguna previsión pública al respecto. Los protagonistas de la suburbanización popular –un amplio espectro social que combinaba sectores marginales (inmigrantes y criollos) con sectores establecidos en la parte media-baja de la pirámide social (artesanos y obreros inmigrantes, pequeños comerciantes, profesionales y burócratas criollos)– tuvieron que organizarse en instituciones vecinales para reclamarle al Estado municipal la extensión de las infraestructuras; en rigor, la *materialización* del abstracto plano municipal. Esas instituciones vecinales –de acuerdo con el estudio ya clásico de Gutiérrez y Romero– funcionaron como canales de participación política para una sociedad popular que hasta 1916 estaba excluida del voto, y que en ellas hizo su primera experiencia de integración ciudadana, forzada por la dureza de la vida en la frontera de la urbanización; fueron ellas, en primer lugar, las que le dieron la intensidad política y cultural a la década de 1920.

Así se formaron los barrios de la capital, como rearticulación política de los vecindarios desagregados en la expansión cuadrículada. De hecho, la centralidad del barrio fue construida primero en clave política –los dos principales partidos populares, el radicalismo y el socialismo, funcionaban como representación directa de las asociaciones vecinales, movilizadas en los barrios frente a la ciudad establecida–, pero rápidamente ganó una dimensión cultural, como ya vimos a propósito del ejemplo de Borges o de Boedo. Fue la prensa periódica moderna, en verdad, la que –identificando en los barrios sus nuevos públicos– los convirtió en el nuevo centro de la vida de la ciudad, promoviendo el surgimiento de una identidad barrial por medio de los dos productos que allí se desarrollaron y que se volverían los más característicos de la cultura moderna de Buenos Aires: el tango y el fútbol. Ambos tienen una relación estructural con el barrio popular, ya que si el tango lo tematiza, construyendo su mitología, el fútbol se organiza territorialmente de acuerdo con los barrios. Así, la construcción político-cultural del barrio completó la función integradora del plano público y, si lo logró,

fue justamente porque las promesas del plano se fueron realizando gracias al activismo social, durante las décadas de 1920 y 1930, tanto en el trazado de infraestructuras como en la efectiva ampliación del espacio público a toda la ciudad, produciendo la base urbana de una intensa movilidad social que, en el lapso de una generación, iría a transformar esa masa social heterogénea en una ancha franja de clases medias. Si la sociedad de frontera le dio a Buenos Aires una eficaz válvula de escape para sus graves problemas socioeconómicos –como la falta de vivienda– y de integración sociocultural, al mismo tiempo revirtió sobre el conjunto de la ciudad, otorgándole una nueva coloración popular y un estilo de vida urbana marcado por la cultura mesocrática; es decir, cuyo horizonte estaba puesto por las aspiraciones y los imaginarios de esas clases medias.

La siguiente fase del ciclo expansivo, a partir de finales de la década de 1930, iba a tener en cambio un funcionamiento muy contrastante. Ya mencionamos las razones institucionales, una vez que quedó claro que el Gran Buenos Aires sería responsabilidad casi exclusiva de los municipios provinciales; y si bien hoy no podríamos seguir sosteniendo la posición que en aquel tiempo proponía la federalización de toda la extensión urbana, no cabe duda en cambio de que, como señalaba Ardissonne, ya a mediados de los años treinta, el proceso expansivo rompió en el Gran Buenos Aires con una tradición institucional inclusiva que desde comienzos del siglo XIX había buscado unificar políticas para toda la urbanización efectiva, previendo la futura expansión. En términos sociourbanos, el contraste no haría sino ensancharse desde entonces, porque, si se toma en cuenta que la ciudad capital experimentó desde 1938 un intenso proceso de edificación en altura, que multiplicó varias veces la superficie habitable sin casi modificar la cantidad de población, se comprende que frente al crecimiento discontinuo, desordenado y masivo del Gran Buenos Aires, los parámetros habitacionales de la capital se hicieron más y más generosos, siguiendo el ritmo de una sociedad que sofisticaba sus pautas de vida.

El espectro social de esta segunda periferia poblada por las migraciones internas se organizó de acuerdo con una lógica de estratificación territorial doble: por una parte, el ferrocarril estructuró los tres brazos principales de la urbanización, que desde el comienzo mostraron una gradación socioeconómica, del norte residencial al sur obrero e industrial;

por otra parte, esos tres brazos se pueden entender también como una estructura piramidal policéntrica, que alentó el surgimiento de centros suburbanos conectados funcional y simbólicamente con la capital, en torno de cada uno de los cuales se fueron desarrollando anillos subperiféricos que iban disminuyendo la capacidad socioeconómica a medida que se alejaban de cada subcentro.

El ferrocarril, como vimos, había permitido desde finales del siglo XIX la creación de una serie de pueblos en los que se fue radicando una ancha franja de flamantes clases medias como resultado de la movilidad social del primer momento expansivo: hijos de inmigrantes que habían llegado a las profesiones universitarias, pequeños empresarios, comerciantes, empleados administrativos, a la búsqueda de una nueva experiencia de frontera para continuar capitalizando la expansión. En muchos de los centros localizados en esos tres brazos maestros de la urbanización –nucleados, en general, en torno de la estación de ferrocarril– se lograron reproducir condiciones similares a las de la ciudad capital; las sociedades vecinales se organizaron y promovieron la consolidación urbana de sus pueblos, y llegaron las principales redes de infraestructura –transporte regional, instalaciones sanitarias y eléctricas, provistos por empresas centralizadas desde la ciudad capital que, junto con los servicios socioeducativos de alta calidad brindados por el Estado nacional, supusieron una cierta forma de gestión metropolitana–. La estructuración política, cultural y urbana de los nuevos centros garantizó la emergencia de espacios públicos locales de cierta densidad.

Esos subcentros atraerán a su alrededor las nuevas subperiferias de migrantes internos que, a medida que se expandan desde finales de la década de 1930, irán completando los espacios intersticiales entre los tres brazos principales de la metropolización, expandiéndola además hacia un segundo y, luego, un tercer cordón suburbano. En esas zonas, el colectivo tuvo el rol que había cumplido el *tramway* en la primera expansión, también con tarifas subsidiadas que posibilitaron la separación entre la residencia y el trabajo. A lo largo de este segundo momento expansivo, el trabajo industrial, tradicionalmente concentrado en el eje sur del Gran Buenos Aires, se fue también haciendo presente en las otras direcciones mediante dos desplazamientos que acompañaron la transformación de los accesos, primero en torno de la General Paz y luego, en los años sesen-

ta, de la Panamericana, extendiendo un característico tono fabril sobre vastas zonas del conurbano. Asimismo, hubo grandes loteos, equivalentes a los remates populares de principios de siglo en la capital, que también se fueron completando por medio de la autoconstrucción de viviendas. A diferencia de lo ocurrido en la capital y en los principales brazos metropolitanos, en esos espacios intersticiales el poder público ya no completó el ciclo con infraestructuras o mediante la cualificación de los espacios públicos y las instituciones, lo que se tradujo en calidades urbano-ambientales crecientemente degradadas.

Mientras que en la ciudad capital la sociedad popular había batallado por mejoras en un lapso breve y en todo el territorio a la vez, activando todas las atenciones políticas y culturales, las diversas capas de habitantes que fueron abriendo las nuevas fronteras del conurbano, tan diferentes entre sí, tan espaciadas en el tiempo y en el territorio, no lograron la mancomunidad ni el efecto de presión análogos, y las promesas públicas no sólo no se realizaron, sino que a veces ni siquiera llegaron a formularse. La trama cuadrículada, por ejemplo, esa promesa llena de consecuencias como instrumento del plano público en la capital, ante la carencia casi completa de planos públicos en el conurbano, funcionó apenas como patrón especulativo de los loteadores, que la reproducían sin cesar en un sistema de “urbanización salvaje” —es el término que utiliza Torres— que aprovechaba la permisividad de las normas de uso del suelo en los distritos provinciales.

De tal modo, podríamos sintetizar el contraste señalando que si en el primer momento expansivo, la periferia (todavía dentro de la capital) funcionó como un *territorio de experimentación* urbana, social y cultural que transformó el conjunto de la ciudad, en el segundo momento, en cambio, la periferia (el Gran Buenos Aires) tendría apenas el papel de *territorio de reproducción* —en condiciones cada vez más degradadas— de la jerarquía urbana, social y cultural ya consolidada. Una de las huellas materiales más claras de este contraste reside en el propio espacio público: si su cualificación se dio en la capital mediante grandes inversiones públicas —en primer lugar, un sistema de parques y equipamientos culturales distribuidos en el territorio—, en el Gran Buenos Aires contó apenas con inversiones privadas dispersas, en especial en los espacios de ocio de las clases pudientes, que por lo tanto favorecieron todavía más la fragmentación social. Aunque debe señalarse una clara excepción a esta

norma: las grandes inversiones del peronismo en el Gran Buenos Aires, especialmente el complejo de Ezeiza y el Parque Pereyra Iraola, lo que nos permite introducir esa relación tan compleja entre el peronismo y el Gran Buenos Aires clásico, clave para comprender las luces y sombras del desempeño urbano del segundo momento expansivo.

La década peronista, como se sabe, ha quedado asociada muy estrechamente con el Gran Buenos Aires. Como había ocurrido con el radicalismo y el socialismo en relación con los sectores populares de la ciudad capital en el primer momento expansivo, el peronismo se identificó con los habitantes de esta nueva periferia, al punto de que su llegada al poder pudo ser representada como una “toma de la ciudad” por las nuevas multitudes “mestizas” que se habían estado formando “extramuros”. Esta representación de un completo clivaje sociopolítico entre la ciudad capital y la periferia metropolitana no resiste la prueba del análisis histórico –como mostró Anahi Ballent, cuyas hipótesis sobre la ciudad del peronismo sigo–, pero es indicativa de un elemento sociosimbólico muy activo en todo el período: el peronismo puso en el primer plano de sus discursos y sus políticas la ampliación social de los beneficios de la urbanización a esa nueva periferia. Ezeiza es un ejemplo fundamental en este sentido, no sólo por la escala y la sofisticación de los equipamientos (parques, balnearios, escuelas, conjuntos de viviendas), sino porque, si se lo piensa en relación con el acceso tradicional de la ciudad por el puerto –ese corazón de Buenos Aires que, para críticos como Martínez Estrada, era el epítome de los afanes europeístas de la ciudad–, la disposición del aeropuerto en el extremo sudoeste de la metrópoli supuso un intento radical de cambiarle el frente a favor de su sector más reciente y postergado. De hecho, el conjunto de Ezeiza parece continuar la vieja tradición pública reformista aplicada en la capital, una política de ambiciosas intervenciones en el eje sur-sudoeste –que ahora completaba la serie: Parque Patricios y Parque Chacabuco con sus complejos habitacionales y hospitalarios en el primer momento expansivo; Parque Almirante Brown, La Salada y Ezeiza en el segundo–, que al mismo tiempo que aprovechaban el bajo costo de mercado de las tierras del sur, buscaban actuar como complementos del desarrollo desigual de la ciudad –frente a las iniciativas de cualificación privada que siempre apostaron al norte–, instalando en las zonas más desfavorecidas la más intensa dinámica pública.

Pero Ezeiza es excepcional también dentro de la gestión peronista, ya que ésta careció casi por completo de políticas urbanas específicas –o de otras intervenciones que, como Ezeiza, aun sin ser parte de una política urbana articulada, pudieran producir tal impacto en los equilibrios socioterritoriales–. Lo que hizo el peronismo –como luego, el desarrollismo– fue continuar –radicalizando en muchos casos– los patrones del Estado de Bienestar que favorecían la expansión: un paquete de subsidios estatales –se estatizaron las principales empresas de transporte y servicios metropolitanos, lo que permitió mantener las tarifas muy por debajo de los valores de mercado en el ferrocarril, el agua, la electricidad y el gas–, la multiplicación de los equipamientos colectivos –escuelas y, muy especialmente, hospitales en el Gran Buenos Aires– y una política intensiva de préstamos personales para la compra de lotes y la construcción de viviendas –entre 1947 y 1960, según indicó Torres, aumentaron de 43% a 67% los propietarios en el Gran Buenos Aires–. Es indudable que en esas políticas se apoyó la continuidad de un proceso expansivo que siguió impulsando la integración, aunque esta vez la periferia ya no volvió a transformar el conjunto de la ciudad, sino que se acomodó como pudo a los valores y las jerarquías establecidas. Porque esa urbanización dispersa y discontinua ya no tendría el horizonte homogeneizador que el plano público le dio a la capital ni la potencialidad de su espacio público ni el protagonismo del actor estatal en la definición de sus cualidades urbanas, sino que iría decantando en un escenario más similar al de las suburbanizaciones latinoamericanas, con sus hábitats contrastantes que conforman un tablero desigual y fragmentado.

Sin embargo, si la comparación con el proceso sociourbano de la capital muestra grandes diferencias, la continuidad de algunas lógicas del proceso expansivo en la conformación del Gran Buenos Aires ofrece diferencias aún mayores con aquellos casos latinoamericanos. Por ejemplo, si se piensa en el sistema de suburbanización que describió Teresa Caldeira para San Pablo, en el que las clases sociales quedaron apartadas unas de otras no sólo por la localización territorial sino también por el estatuto legal de la residencia y el uso de infraestructuras diferenciadas, se puede decir que el segundo momento expansivo de Buenos Aires logró, a pesar de todo, mantener cierta homogeneidad en la distribución territorial de la heterogeneidad social y también una serie de pautas

determinantes: la movilidad, la comunicación entre clases, la extensión social del transporte, la escuela y el hospital públicos. Si bien las gradaciones sociourbanas se ampliaron y aparecieron tipos radicalmente diversos de hábitats, éstos se dieron en casos muy extremos, dejando una masa de situaciones intermedias marcada por la generalización de un tono sociocultural mesocrático –del cual la democratización del “chalecito”, abonada también por las políticas del peronismo, es el mejor ejemplo–.

Ahora bien, ¿qué lugar asignarles en este panorama a las manifestaciones más extremas de la desigualdad sociourbana? Se sabe que fue también en los años de formación del Gran Buenos Aires clásico cuando aparecieron las villas miseria –más allá de antecedentes pasajeros, a finales del siglo XIX– y los *country clubs*, los dos modos paradigmáticos de la urbanización polarizada, recortados del continuo suburbano que hemos analizado hasta ahora.

Por una parte, la población de las villas miseria pasó del 2% del total metropolitano en 1955 a cerca del 10% hacia 1970, cuando los habitantes de las villas se habían convertido en un movimiento sociopolítico organizado con gran protagonismo en la escena nacional –en términos cuantitativos, una situación difícil de comparar con la de otras metrópolis latinoamericanas, como México, Río de Janeiro, Lima o Caracas, donde para entonces las cifras de las poblaciones marginales, aunque siempre de difícil verificación, oscilaban entre el 30 y el 60%–. Como en esas ciudades, en Buenos Aires las villas miseria se instalaron en terrenos centrales de propiedad pública, aprovechando vacíos dejados por infraestructuras (playas de maniobras del ferrocarril o quemas de basura), o en las cuencas fluviales (como la del Riachuelo-Matanza, sede del primer eje industrial) o a la vera de las vías de acceso metropolitanas (como en la avenida General Paz, donde se había estado radicando un nuevo cinturón industrial). A pesar de ser también producto de la autoconstrucción en condiciones de precariedad, la gran diferencia entre las construcciones de la villa miseria y las de los barrios suburbanos populares estaba dada por las dimensiones y la regularidad de los lotes; esto impidió en los barrios la aglomeración excesiva y fue permitiendo que la terminación por etapas, a lo largo del tiempo, concluyera produciendo allí viviendas de acuerdo con un patrón suburbano popular –el chalet modesto, aspirante al modelo más extendido de casa compacta

con jardín—, mientras que en la villa miseria se mantuvieron altísimos índices de ocupación y hacinamiento, con viviendas eternizadas en la precariedad.

De todos modos, pese a la fuerte presencia material y simbólica de sus exiguas condiciones habitacionales y de sus trazados irregulares, la villa fue, en la Buenos Aires de la expansión, un tipo de asentamiento excepcional, en el que los patrones de la movilidad, aunque con mayores obstáculos, también funcionaban. Así fue mientras la llegada de los migrantes más pobres siguió siendo absorbida por la dilatación de la periferia. Justamente, la aparición de la villa miseria comienza a señalar que la conquista de la frontera estaba llegando a su fin, que la función de la periferia como reproducción del modelo expansivo se debilitaba, porque empezaban a ser mayores los costos que los beneficios de instalarse en el borde externo de la urbanización. Es decir, la villa miseria en este período puede ser interpretada como el primer cuestionamiento sociourbano a la injusticia distributiva de la Buenos Aires expansiva.

Por otra parte, el *country club* es un emprendimiento que surge en la década de 1930 como parte de un proceso de ampliación de los espacios de ocio y deporte que, como ha señalado perspicazmente Ballent, evidencia al mismo tiempo un proceso de diferenciación dentro de las elites. Durante el ciclo expansivo, estos emprendimientos no se van a proponer como vivienda permanente (ni siquiera como lugar de veraneo), sino como módulos complementarios de la vida urbana, para un disfrute novedoso del *weekend* posibilitado por la expansión del automóvil y la modernización de los accesos —especialmente, el Acceso Norte, inaugurado a mediados de la década de 1960, que también alimentará, como vimos, un nuevo eje industrial—. Mucho más importante que sus roles efectivos en la constitución de un mapa segregado del Gran Buenos Aires, quizás haya que considerar el *country* en este período un extremo del continuo de imaginarios pintorescos del habitar suburbano de gran capilaridad social; así se verifica en dos fenómenos estudiados muy recientemente por Gómez Pintus: los barrios-parque de clase media que surgen en las décadas de 1940 y 1950 y, en particular, en el brazo oeste de la expansión metropolitana —aprovechando su retardo en la urbanización—, los loteos para “quintas” de fin de semana.

Como se ve, por muchas razones —no sólo cuantitativas—, el Gran Buenos Aires estaba muy lejos todavía del fenómeno de los barrios

cerrados y, especialmente, de la oposición abismada entre ellos y la villa miseria que monopoliza las representaciones actuales. Vamos a presentar en el último punto la emergencia de estos nuevos escenarios, pero mediante nuestra tercera incógnita, la de la identidad del conurbano.

LA INCÓGNITA DE LA IDENTIDAD

“Gran Buenos Aires, ¿cuántos de sus diez u once millones de habitantes pueden jactarse de conocerlo?”. Así comenzaba Elena Chiozza, hacia 1980, un texto indispensable sobre la formación del conurbano, principalmente, por las vívidas descripciones de sus diversos paisajes a lo largo del proceso expansivo. Y seguía: “Nadie puede ya sentirse ciudadano, con lo que ello significa en cuanto a arraigo, solidaridad e identificación, de una ciudad cuya magnitud excede la posibilidad de conocimiento”.¹³ Ese modo de interrogación casi existencial por la identidad en la urbe contemporánea –característica de los años sesenta y setenta– ha dado lugar, en la última década, a un tipo más preciso de cuestiones sobre la dificultad de identificación social con el Gran Buenos Aires y sobre la ausencia de representaciones de este fragmento metropolitano en la cultura argentina. Por ejemplo, en un artículo de 2010, Vanoli y Vecino hicieron un balance crítico de la nueva narrativa argentina, centrado en la “invisibilización” del “territorio-conurbano”. De la identidad genérica que preocupaba a Chiozza –la falta de carácter de una gran metrópoli– se ha pasado a algo más específico: el interés por la identidad cultural del Gran Buenos Aires como Gran Buenos Aires, que parece estar expresando un cambio notable de estos últimos años –un cambio que contradice, por cierto, la premisa de Vanoli y Vecino o, mejor, que la toma también como síntoma: se sabe que en las cuestiones de identidad, cuando la invisibilidad se señala, es que ya ha dejado de ser tal–.

Y es que, en efecto, lo más llamativo de la literatura de la última década y media no es la falta sino la abundancia de ficciones y crónicas que tienen al conurbano como escenario de la acción, que en algunos casos lo convierten en su verdadero protagonista: *Vivir afuera*, de Rodolfo Fogwill (1998); *Entre hombres*, de Germán Maggiori (2001); *Berazachussetts*, de

Leandro Ávalos Blacha (2007); *La Reja*, de Matías Alinovi (2013); los relatos de Pablo Ramos sobre el mundo de Sarandí y los de Juan Diego Incardona sobre el de Villa Celina, por poner sólo algunos pocos ejemplos representativos de empresas muy variadas de escritura. Lo cierto es que podría verse casi como la emergencia de un nuevo subgénero literario: la novela del Gran Buenos Aires. Es un fenómeno que comenzó a finales de la década de 1990 y se manifiesta también en la crónica y en la cinematografía. De hecho, quizás haya ganado mayor visibilidad gracias a la película de Pablo Traperero, *El bonaerense* (2000), nombre que, sin serlo, resultó lo más próximo a un gentilicio del Gran Buenos Aires, no sólo porque la policía bonaerense es llamada así sobre todo en el conurbano, donde el deslinde con la Federal se vuelve una necesidad cotidiana —es significativo que una parte importante de la película transcurra en una garita de la General Paz—, sino especialmente por la precisión con que Traperero consiguió capturar un panorama inconfundible, que hasta entonces no había sido objeto de representación, el de esas largas avenidas desangeladas que estructuran la vida cotidiana del Gran Buenos Aires. Camino General Belgrano, Mitre, Pavón, Calchaquí, Crovara, Provincias Unidas, Maipú, avenidas eternas y siempre improvisadas que parecen el precipitado de todas las crisis y todas las oleadas de entusiasmo modernizador de la ciudad; intercambiables en su indiferenciación y, por eso mismo, representativas, quizá sea justamente esa ausencia de carácter lo que consiga elevarlas a paisaje identitario.

Si esta preocupación por la identidad es tan reconocible, ¿cómo interpretar sus alcances y significados? No se trata de pensar que ha nacido —que podría nacer— un tipo de identificación colectiva con el conurbano. No se dice: “Yo vivo en el Gran Buenos Aires”; en estos territorios metropolitanos el reconocimiento siempre se produce en la escala local —se es de Solano o de Boulogne—, algo muy lógico en un universo heterogéneo, que obliga a hablar de representaciones culturales en plural. Este nuevo auge simbólico está indicando, en verdad, otra cosa, un cambio en dos escalas: muestra que aquel reconocimiento con cada localidad comienza a ser construido en términos de identidad cultural, de reivindicación de una condición urbana situada —editoriales alternativas, grupos de teatro, movimientos musicales que afirman su personalidad en la diferencia que les da su pertenencia a un barrio—, y muestra, por otra parte, que el Gran Buenos

Aires como tal gana presencia en la cultura metropolitana –lo que supone también una novedosa disputa por sus significados–, una presencia cultural que enrarece las representaciones sociales más consolidadas, tanto las de la vieja generalización dual *mundo industrial/suburbio bucólico*, como las de la nueva polarización *villa/country*.

Figura 3. Afiche promocional de la película *El bonaerense*, dirigida por Pablo Trapero y estrenada en el año 2000.



Fuente: Matanza Cine.

Y si alguna duda cabe de la novedad del fenómeno, alcanza con notar, a la inversa, la casi completa ausencia de referencias al Gran Buenos Aires en la literatura y el cine del siglo XX. No es sencillo encontrar fuentes culturales que permitan comprender qué podía significar ser de Lanús, de Morón o de Vicente López en las décadas de 1950, 1960, 1970. No hubo un Arlt que contara las grandezas y miserias de estos nuevos arrabales, ni un Borges que recorriera sus confines para capturar en ellos la esencia de la ciudad toda, ni un barrio que, como Boedo, diera nombre a un colectivo cultural en condiciones de postular una identidad ideológica para el conurbano. Si en los años 1920 y 1930 la pregunta por la personalidad de Buenos Aires fue obsesiva y se concentró en los barrios populares de la capital que, como vimos, resignificaron al conjunto de la ciudad, no volvió a ocurrir nada similar durante el resto del ciclo expansivo. Pero por qué extrañarnos, si fue así justamente por los propios logros de la ciudad expansiva que, al tiempo que prolongaba esos suburbios en círculos cada vez más alejados del centro, solidificaba toda la capacidad representativa en él. Mientras la temporalidad de la ciudad expansiva estuvo activada, dando lugar a los imaginarios modernistas de la cohesión sociourbana, las redes colectivas que se expandían desde el centro de la ciudad siguieron dando sentido al conjunto, aun mostrando a medida que se alejaban mucha menor capacidad efectiva. No es tanto que se “invisibilizara” al Gran Buenos Aires como que el suburbio funcionaba integrado a un sistema mayor de la ciudad cuya cualidad simbólica –y, por tanto, sus logros y dilemas– reposaba en su vértice, el núcleo duro de reconocimiento de toda la población metropolitana.

Quizás el mejor ejemplo de que esa “invisibilización” debe tomarse como parte del balance reformista de la expansión lo dé el hecho de que las políticas públicas que más se identificaron con el Gran Buenos Aires clásico, las del peronismo, favorecieron también esa indiferenciación en un conjunto metropolitano que concentraba sus beneficios en el centro, y por eso el término *reproducción* es tan adecuado para caracterizar ese segundo momento expansivo. Como parte de sus discursos inclusivos, el peronismo ofreció una redistribución de los valores culturales consagrados, no su reformulación; así, reforzó los equipamientos culturales de la ciudad central y estimuló su uso por los sectores populares, con lo cual renovó la capacidad convocante del centro para toda la

población metropolitana produciendo una democratización que, al mismo tiempo, ratificaba tanto el sistema jerárquico de la urbanización expansiva como los valores socioculturales ya consolidados en su tono mesocrático.

Hay una fuente muy expresiva del paisaje sociocultural creado por estos imaginarios de la expansión en los años 1950: la serie *Buenos Aires en camiseta* del dibujante Calé (Alejandro del Prado), que creó una cantera de representaciones de una Buenos Aires popular que podría verse sin dificultades como la ciudad que el peronismo produjo. La “camiseta” del título de la serie remite a la Buenos Aires íntima del barrio popular, un barrio arquetípico que puede ubicarse tanto en los suburbios capitalinos como en el primer cordón del Gran Buenos Aires.¹⁴ Pero en esos barrios se está “en camiseta” solamente los fines de semana, ya que, como se ve en la mayor parte de los cuadritos de la serie, la vida cotidiana de los habitantes masculinos del barrio transcurre en el centro, en el uniforme de las clases medias de la ciudad, el traje de dos piezas. En efecto, casi todos los personajes de Calé son oficinistas ligados a la vida del centro de la ciudad por medio de otros protagonistas de *Buenos Aires en camiseta*: los medios de transporte públicos, el colectivo o el tren suburbano, escenario multitudinario de los trajines esforzados de la población de los suburbios-dormitorio. La ligazón con el centro es doble: por el trabajo diario y por la salida del sábado a la noche, con la calle Corrientes como primerísimo destino. Y esta doble ligazón, del trabajo (administrativo) y el ocio masivo, ofrece toda una definición de la vida urbana en los años cincuenta y parece organizar un continuo social entre clases medias, medias bajas y populares para las que el barrio íntimo es la antesala de una realización pública que se produce en el centro –con la excepción, esencial en Calé, del fútbol de los domingos, el único momento en que toda la ciudad vibra al unísono con lo que sucede en los barrios–. Como se ve, no es muy diferente de la dinámica centro-barrio que podía mostrar Arlt en los años treinta, lo que parece sugerir que los nuevos suburbios se han integrado a ella sin modificarla y sin producir ninguna especificidad diferencial.

Figura 4. El paisaje sociocultural popular de los años cincuenta según *Buenos Aires en camiseta*, de Calé.



Fuente: Calé, *Buenos Aires en camiseta*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994.
Cortesía de Horacio del Prado.

Ni siquiera en los casos excepcionales en que se buscó radicalizar los significados urbanos contestatarios del peronismo, imaginando un Gran Buenos Aires revulsivo desde el cual debía producirse una “invasión plebeya” –*cabecita negra*– que continuara en el tiempo las promesas –e hiciera efectivos los temores burgueses– del 17 de Octubre, ni siquiera allí es posible encontrar una aproximación detallada al conurbano. Me refiero a un autor como Juan José Sebreli, que en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, de 1964, fogonea la imagen de una potencialidad rebelde del barrio obrero suburbano incorporando el ingrediente de su mayor liberalidad sexual frente a las represiones de la clase media capitalina, en una interpretación erótica-etnográfica de la transgresión del peronismo cuya apuesta más radical es la construcción de la figura del “chongo”. Sin embargo, el Gran Buenos Aires apenas si alcanza en el libro una presencia fantasmal, que contrasta con las detalladas descripciones de la ciudad céntrica; y es que todo el empeño narrativo y la voluntad polémica de Sebreli están concentrados contra esas clases medias que en su expansión suburbana parecían aún menos diferenciadas de las de la ciudad que las había originado.

Finalmente, esta suerte de inespecificidad del Gran Buenos Aires clásico y sus barrios en la cultura urbana puede verse ratificada en la única novela de cierta repercusión que durante el ciclo expansivo –ya sobre su final– dio protagonismo a uno de ellos: *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, de Jorge Asís (1980). Porque, ¿qué significa Quilmes en esa novela? Es un barrio tan estilizado como cualquier otro capitalino en la letra de un tango, con la barra de amigos en el café, la madre y la primera novia, los bailes de juventud y todo el “mundo íntimo” que aparecía en Calé, reservorio mítico y convencional del cual los personajes de la novela se alejan a medida que los circuitos del trabajo y la vida cultural los instalan más y más en el centro, en la mismísima avenida Corrientes –aunque aquí ya no es la del tango y los teatros de los años cincuenta, sino la de las derivas intelectuales de los sesenta–. La relación centro-barrio en la novela es muy intensa y fluida –colectivos y tren mediante, hasta que, finalmente, los protagonistas cumplen el sueño suburbano clásico del auto propio–, pero podría decirse que todo el relato está organizado desde la mirada central que posibilita la calle Corrientes, desde donde la mitología barrial puede ser abordada como complemento necesario.

Evidentemente, el Gran Buenos Aires, el fenómeno urbano de mayor envergadura entre los años cuarenta y los setenta, que alojó todo el crecimiento de la metrópoli más importante del país, no fue un objeto diferenciado de representación. Y en verdad no hace falta compararlo con el protagonismo cultural de los barrios capitalinos de entreguerras para notarlo; alcanza con ver la repercusión cultural que tuvo el tema de la villa miseria –de tanta menor relevancia en aquel período–, que a partir de su aparición como tema público en 1955 encontró una cantidad de interpretaciones en los más diversos registros intelectuales y artísticos: los estudios pioneros de Gino Germani en 1957 en Isla Maciel; la novela de Bernardo Verbitsky, *Villa miseria también es América*, del mismo año, que ubica su villa idealizada en los alrededores provinciales de la General Paz; películas como *Detrás de un largo muro*, de Lucas Demare, filmada en 1958 en Villa Jardín, que con sus 30.000 habitantes en el borde lanusense del Riachuelo era por entonces la más grande de la metrópoli, o el corto *Buenos Aires*, de David José Kohon, del mismo año, que parece combinar en sus tomas la villa de Retiro con Villa Jardín; la serie “Juanito Laguna” que Antonio Berni comenzó a realizar hacia 1959 con materiales recogidos en las villas del Bajo Flores, por nombrar sólo algunas de las más célebres representaciones en el inicio de una tendencia que no haría sino incrementarse. Al punto de que podría pensarse que el interés en el cinturón de villas que bordeaba la Capital Federal bloqueó para la cultura porteña la percepción del fenómeno metropolitano que se extendía más allá, produciendo un nuevo tipo de repliegue de la capital sobre sí misma. Y es que el impacto que produce la villa se debe a que ya no cabe en el sistema expansivo. O, mejor, a que se erige como la anomalía que viene a develar la ficción modernista sobre la que éste estaba montado, mientras que el Gran Buenos Aires había crecido como su realización, devaluada pero confirmatoria de valores mesocráticos que se sobreponían a la realidad de una gran población obrera y popular –ya que, como vimos, la importancia social y cultural que ganó la clase obrera con el peronismo no se tradujo en patrones diferenciales de hábitat ni en estilos específicos de vida urbana, siendo el “barrio popular” de las clases medias el horizonte compartido–. Por eso, para las interpretaciones radicalizadas de la década de 1970, el barrio popular suburbano va a aparecer frente a la villa miseria como un espacio ya cooptado por el imaginario conformista del

ascenso social. Lo que indica por oposición que, a pesar de todas las limitaciones del sistema expansivo en su segundo momento, su fuerza inercial fue suficiente para crear un paisaje sociocultural común, con un sentido de inclusión metropolitana que obró obturando la producción de un carácter singular para el conurbano.

Va a ser recién el final del ciclo expansivo, la implosión que produjo en las redes de sentido metropolitano, lo que consiga desestructurar ese lugar convencional del suburbio, planteando una heterogeneidad radical que se va a traducir tanto en una caída drástica de sus estándares sociourbanos como en una pérdida de la fluidez en la comunicación cultural barrio-centro que está en la base de esta nueva inquietud identitaria. Pero esto no surge como respuesta inmediata al fin de la expansión. La serie de procesos que marcan el final del ciclo expansivo se activa a comienzos de la década de 1970, mientras que el fenómeno cultural del conurbano va a comenzar a aparecer en diversos registros, como vimos, apenas a finales de los años noventa; por razones varias, de la ciudad, de la política y de la sociedad, más de veinticinco años fue el tiempo que tomó elaborar el impacto de la caída de la *ciudad expansiva*.

Los procesos posibles de identificar desde los primeros años setenta no son muy diferentes de los que Secchi describió para las metrópolis europeas, que también por entonces se encontraban con el fin de la expansión: desaceleración de los flujos migratorios, deslocalización industrial, caída estrepitosa de las redes públicas y del Estado de Bienestar, modernización selectiva que conformó circuitos crecientemente diferenciados para ricos y pobres. Pero como suele ocurrir con las transformaciones urbanas, esos procesos surgieron mezclados con los restos menguantes del sistema expansivo, de modo que no fue sencillo diagnosticarlos en sus primeras manifestaciones: la nueva ciudad posexpansiva se formó como una lenta superposición intersticial que impidió ver con claridad que se trataba de dos sistemas urbanos que portaban lógicas enfrentadas.

Las políticas de la última dictadura militar tampoco hicieron más sencillo el diagnóstico: habiendo sin duda contribuido con el fin de la expansión –volviendo inviable la industria, lo que convirtió zonas enteras del conurbano en paisajes fantasmales, y desmantelando buena parte de los instrumentos del Estado de Bienestar; expulsando a la población villera de la capital y poniendo fin a los loteos populares en el Gran

Buenos Aires—, esas políticas continuaron al mismo tiempo levantando las banderas ideológicas de la planificación modernista. Esto es claro en el instrumento con el que se cerró el acceso popular a la tierra en el conurbano: la ley 8.912 de control de uso del suelo, que había sido propuesta años atrás por planificadores progresistas para limitar los loteos sin infraestructuras que caracterizaban la “urbanización salvaje”; pero al aplicarse junto a políticas de represión de la urbanización popular, esa ley acabó cerrando completamente el acceso a la tierra de los más pobres. Lo cierto es que la retórica de la continuidad “eficiente” de los planes modernistas —que habrían estado imposibilitados en democracia por el caos y la corrupción política, como les gustaba pensar a los planificadores del **régimen militar— dificultó la comprensión de las novedades** en los procesos urbanos y, especialmente, llevó a concentrar los diagnósticos críticos en el carácter autoritario de las políticas dictatoriales, por fuera de un análisis de las lógicas propias de la ciudad que, en todo caso, ese carácter exasperaba.

Luego, en la década de 1980, la crisis económica disimuló ya en democracia lo específico de la crisis de la ciudad —en especial, una infraestructura de servicios colapsada—, con lo cual la novedosa fragmentación del artefacto urbano descubierta entonces también apareció como fenómeno coyuntural, consecuencia de la gravosa herencia de la dictadura. Así, los diagnósticos siguieron ciegos a la profundidad de los procesos en curso: los “modernistas” los interpretaron como parte de una crisis transitoria, que pasaría cuando el Estado planificador recuperara su antigua capacidad; mientras que los “posmodernistas” celebraron la fragmentación como pluralismo, leyendo como diferencia lo que era mera desigualdad, y en esa confusión se enredarían **las propuestas urbanísticas** de la “ciudad por partes” a partir de los años noventa.

Algunos indicios ya mostraban, sin embargo, que los cambios eran más estructurales. De hecho, en la década de 1980 ya es posible ver en germen una serie de respuestas de las clases privilegiadas a la descomposición del viejo modelo expansivo: la aparición de dos ensayos de microalternativas privadas a la tradicional apertura del espacio público de Buenos Aires, que anticipan lo que se generalizará en la década de 1990, el *shopping center* y las garitas de vigilancia privada en las esquinas de los barrios residenciales de los subcentros metropolitanos de mayor poder económico. El primero propuso una dicotomía entre el

orden y la seguridad de su mundo cerrado y controlado, y el caos y la inseguridad del espacio público; no hay que olvidar que, a diferencia de los modelos de origen en los Estados Unidos –donde el *mall* busca producir simulacros de ciudad en suburbios que carecen de las complejidades del consumo y la vida urbanas–, aquí los *shopping* se instalaron inicialmente en el centro urbano y en algunos subcentros consolidados, ofreciéndose como alternativa a la complejidad –ahora pensada como “peligrosa”– de la ciudad. Las garitas del Gran Buenos Aires produjeron un efecto análogo: el amojonamiento privado del tablero público en crisis. Fueron los primeros síntomas de un nuevo paradigma cultural y urbano que busca producir su propia seguridad por medio de enclaves protegidos, los primeros indicios del ingreso de un tipo de polarización sociourbana más franca que la que se había conocido. Y ayudan también a entender hasta qué punto buena parte de las transformaciones sociourbanas de los noventa nació de impulsos previos de la sociedad, que las políticas del presidente Menem supieron interpretar con pragmatismo y traducir en nuevos paradigmas culturales.

Por supuesto, esa intervención del Estado fue decisiva para que aquellas tendencias pudieran desplegarse: tal el rol de la privatización de los servicios públicos y la producción de un nuevo ciclo de infraestructuras metropolitanas funcionales a ese modelo de urbanización. Pedro Pérez ha mostrado que la privatización de los servicios produjo una triple fragmentación del territorio metropolitano: institucional, técnica y sociourbana. Un desmembramiento de los lazos cohesivos de la ciudad expansiva que puede encontrarse en otros registros, como en el declive del transporte y la educación públicos, dos instancias fundamentales en la experiencia de la movilidad social que atravesaron una serie de estadios similares: decadencia de los servicios por desinversión pública acumulada ya en los años sesenta, seguida por el abandono a favor del transporte individual y la educación privada de los sectores sociales que podían permitírsele, lo que incrementó el ciclo de desprestigio y decadencia hasta que, por fin, se hicieron socialmente aceptables las políticas explícitas de reducción del modelo público iniciadas por la dictadura y extremadas por el menemismo (privatización y descentralización).

Desde el punto de vista sociourbano, la novedad fue la inversión del funcionamiento centro-periferia que caracterizaba a la ciudad expansi-

va. Si ésta se había formado, como vimos, desde el centro hacia la periferia, mostrando a medida que se extendía sus incapacidades y sus injusticias, la ciudad de la modernización posexpansiva tomó en cambio fuerza desde la periferia, la región más débil del sistema anterior, hacia el centro. Lo que en el sistema anterior era una frontera más y más precaria, se convirtió en un nuevo núcleo de sentido. Eso es muy claro en el fenómeno de las urbanizaciones cerradas, que vienen multiplicándose desde los años noventa. Como identificaron con rapidez varios analistas, estas urbanizaciones –que también basaron su expansión en la ley 8.912– convirtieron el modelo del *country club* en hábitat permanente y lo expandieron hacia las clases medias acomodadas en decenas de barrios privados –bastante alejados, por cierto, del modelo: sus trazados pintorescos buscan remitir al verde prometido, pero sus patrones de ocupación y densidad son más desfavorables que en los clásicos barrios de clase media del conurbano–, en lo que apareció como la panacea para los problemas de seguridad que, paradójicamente, los mismos enclaves venían a evidenciar y, por cierto, a incrementar. Y es que este *boom* de urbanizaciones cerradas fue la expresión de un círculo de factores que se potenciaron mutuamente: inversiones privadas cada vez más concentradas en la producción del territorio metropolitano, caída de las redes públicas y fragmentación social y urbana. Un círculo de factores que ya había comenzado a manifestarse, pero que encontró en los noventa su medio de desarrollo porque la gran innovación político-ideológica de esos años, el modo en que el neoliberalismo demostró comprender esas nuevas tendencias de la ciudad posexpansiva, fue alentar una apertura económica que ya no los vio como obstáculo sino como fuerza motriz para un nuevo ciclo de modernización (conservadora). La privatización de los servicios fue acompañada por el trazado de vías veloces para conectar el centro con las nuevas periferias, que ya no tuvieron como función el desahogo del conflicto habitacional de los sectores populares, sino que se constituyeron en un nuevo tipo de frontera donde los sectores de más altos recursos fueron a buscar privacidad y seguridad, formando la primera tipología urbana en Buenos Aires cuyo objetivo programático fue recortarse del conjunto, ofreciendo patrones radicalmente diversos y autosuficientes de hábitat.

Este modelo de enclave se extendió muy pronto a toda la ciudad, rompiendo la diferenciación centro-periferia y todo el ajustado sistema

de jerarquías que le daba sentido. Un ejemplo es la tipología de torres residenciales que comenzaron a instalarse en zonas céntricas de la ciudad a finales de los años noventa y que lideraron el *boom* inmobiliario de los años 2000. No casualmente se las llama “torres-country”, porque proponen la misma concentración y segregación de los condominios suburbanos, pero en medio de la ciudad central, aislándose en una manzana amurallada que vacía de funciones la calle y potencia simbólicamente su carácter privado.

Y si bien en la Argentina actual los años noventa parecen haber quedado muy atrás –no hay nadie en el mundo político o cultural que reivindicque aquellas transformaciones–, la dinámica de la ciudad posexpansiva no se ha desafiado; por el contrario, tanto los gobiernos de centroizquierda que asumieron en la capital, desde la autonomía de 1996, como el plantel de centroderecha que los relevó a partir de 2007, o los diversos gobiernos peronistas que condujeron la provincia de Buenos Aires en ese tiempo, todos se apoyaron en las estrategias posplanificadoras (“planeamiento estratégico”, “urbanismo a la demanda”) con que el neoconservadurismo de los noventa diagnosticó el final de la expansión –de allí la seducción para todos ellos de Puerto Madero, la aplicación más lograda, pero que se demostró irreplicable, de ese diagnóstico–. De hecho, a más de diez años de la crisis de 2001-2002, ya se ha advertido el carácter coyuntural de muchos de los cambios que ella pareció haber introducido en las políticas sociourbanas, haciéndose evidente que en el largo plazo las tendencias profundas de la ciudad posexpansiva han continuado operando. El modelo de enclave como garante del *boom* inmobiliario hasta 2011 –con el protagonismo casi excluyente de las “torres-country” y los barrios cerrados y la expansión de los proyectos más ambiciosos que la crisis había parecido jaquear, tal la ciudad cerrada de Nordelta–, se revela como la contracara de la otra multiplicación, la de los circuitos de la pobreza, que también prospera por enclaves. Como se sabe, la villa miseria viene siendo en los últimos años el vehículo principal del crecimiento poblacional en toda el área metropolitana: algunos cálculos señalan que en la década de 2000, frente a un crecimiento metropolitano total del 14%, la población de las villas creció casi un 60%. Aunque su novedad dista de ser cuantitativa: las diferencias entre la villa actual y su antecesora del período expansivo no podrían ser mayores, por su verticalización, que muestra la existencia de un mercado inmobiliario

complejo —estudiado con originalidad por Cravino—, por la incrustación en la villa de focos de delito organizado (narcotráfico) y, especialmente, por la extinción del horizonte de la movilidad, que la convierte en un típico territorio “de relegación”, como demuestran bien los trabajos de Auero en el sur del Gran Buenos Aires.

Como se ve, son dos las inversiones que ha producido la ciudad posexpansiva afectando el núcleo de sentido del Gran Buenos Aires clásico: la inversión de los roles de la periferia, que pasó a constituirse en motor y matriz de la transformación metropolitana, y la exacerbación de las escisiones sociourbanas, que compuso el tablero fracturado más habitual en la modernización latinoamericana. En Buenos Aires, esto emergió recién como producto del fin de la expansión, pero deberíamos ser cautos para entender lo más ajustadamente posible el panorama sociourbano resultante de estos cambios. Por una parte, la primera inversión debe ser reconocida como tendencia: aunque el nuevo modelo urbano de enclaves y autopistas es el más dinámico en la actualidad, no llega a completarse como sistema plenamente cerrado y autosuficiente, justamente, por la coexistencia de una masa urbana consolidada a lo largo de décadas con los parámetros homogeneizadores de lo público; fragmentos importantes de ciudad expansiva son reconocibles en zonas muy extensas del área central y en algunos centros tradicionales del suburbio, cuya vitalidad se sostiene en un espacio público que estructura todavía buena parte de la vida social y urbana —y que se está convirtiendo, podría decirse, en el bastión de una moral urbana de clase media, amenazada por la polarización social—. Por otra parte, no deben ser confundidas las nuevas escisiones con un modelo dualista (*ciudad formal/ciudad informal*) tal cual se definía en los esquemas estructuralistas de los años sesenta; si la riqueza y la miseria existen sin duda como polos bien visibles —encarnadas en las tipologías paradigmáticas del *country* y la villa miseria—, son apenas los extremos de un paisaje sociourbano mucho más heterogéneo. De hecho, no sólo debe reconocerse una multiplicidad de circuitos de la pobreza, desde la villa miseria hasta los barrios formales de sectores tradicionales del suburbio donde habitan los “nuevos pobres”, sino que debe computarse esa franja igualmente ancha y plural de clases medias que se mencionaron en el párrafo anterior, que representa cerca de la mitad de la población metropolitana y cuyos patrones socioculturales colorean aún una buena parte de la vida del

conurbano, aunque no suelen ser objeto de estudio o reflexión. Es notable, en ese sentido, lo poco que sabemos, por ejemplo, de los barrios populares de clases medias bajas que dominan la morfología residencial de los ejes mayores del suburbio, en algunos casos mostrando gran deterioro, pero en otros una revitalización continuada –manifestación urbana de las sucesivas fracturas que se han venido produciendo en el interior de esas clases–; por no hablar de los viejos centros suburbanos, de los que desconocemos casi todo, comenzando por su intensa dinámica económica y siguiendo por su textura social, ya que sus clases medias parecen ser bastante diferentes, en términos socioculturales, de las que protagonizan la expansión privada en la última frontera metropolitana.

Si bien ya no está tensionado por el universalismo del ciclo expansivo, este paisaje metropolitano responde mal a las representaciones polarizadas; más bien habría que pensarlo como un paisaje desagregado en múltiples circuitos que no dejan de intersectarse, pero cuyo rasgo principal es que ya no permiten imaginar un continuo ciudadano. Por eso puede llamarse ciudad-archipiélago a esta forma urbana, porque no es el mero resultado del crecimiento de la desigualdad y la miseria, sino de un conjunto de cambios sistémicos que ha generado una lógica urbana que ya no requiere de la integración –en el mercado o el espacio público– como forma de reproducción eficiente de la ciudad y la sociedad metropolitana.

En este sentido, entre la multiplicidad de formas sociourbanas que componen hoy los circuitos de la pobreza, hay un caso que permite ver de modo ejemplar los contrastes con el funcionamiento de la ciudad expansiva. Se trata de los asentamientos, que fueron el modo mediante el cual se comenzaron a urbanizar ilegalmente tierras en el Gran Buenos Aires desde la década de 1980, ante el final de los loteos populares sancionado por la nueva legislación de la dictadura –tal la acción de pinzas de la ley 8.912: al tiempo que favoreció las urbanizaciones cerradas, llevaba a los más pobres a la ilegalidad–. Pero a pesar de reconocer el mismo origen ilegal que la villa miseria, los asentamientos siguieron –como mostró Merklen– un principio de ocupación muy diferente, que comienza con el propio trazado inicial de las tierras ocupadas: el amanzamiento regular. Frente a los trazados laberínticos que caracterizan la informalidad de la villa, los asentamientos buscan en la propia forma urbana –podríamos decir: en la memoria de la urbanización expansiva–

los signos que manifiesten el ideal de integración futura con los barrios cercanos, apostando a una regularización similar a la que prometía la ciudad expansiva.

Y si seguimos ese razonamiento, se vuelve bien significativo que de los asentamientos haya surgido el grueso de los piqueteros urbanos, un movimiento social caracterizado por sus afanes integradores, por su reclamo de reconstrucción de un Estado de Bienestar que los incorpore en el mundo formal. Pero esta última década ha venido mostrando que esa regularización integradora está cada vez más lejana en la ciudad-archipiélago; ya no se pudo recomponer para esos sectores un mercado laboral que permitiera incluso la modesta acumulación privada que sostenía la autoconstrucción en la ciudad expansiva, y el Estado de Bienestar ha mutado en Estado asistencial, incapaz de consolidar esos barrios con infraestructuras o brindarles servicios equitativos de salud y educación. Aun con el descenso de la miseria extrema logrado en los últimos años y con las grandes sumas dedicadas a planes sociales, la institucionalización del asistencialismo como principal presencia estatal en los circuitos de la pobreza está significando la condena a la marginación de toda una generación de pobres urbanos, como se advierte en la conformación en el Gran Buenos Aires de un núcleo duro de adultos “ni/ni”, que no han tenido ni la experiencia de la educación ni la del trabajo. Los asentamientos, así, con su ideal sociourbano a destiempo, muestran por defecto que en el ciclo expansivo la integración fue más que ideología modernista, ya que funcionó en patrones habitacionales verificables, con su correspondiente justicia distributiva del centro a la periferia. Sólo en los marcos de la ciudad expansiva era posible dar por supuesto ese continuo ciudadano, porque éste se había cumplido de manera cabal en el primer momento expansivo y, aunque sobreviviera de modo más precario en el segundo, todavía alimentaba la ilusión de nuevos contingentes sociales que se incorporaban a la metrópoli y, en especial, orientaba las acciones públicas y privadas.

Pero hemos comenzado este último apartado hablando de representaciones e imaginarios —la novedosa voluntad de construcción simbólica del Gran Buenos Aires en la ficción o la crónica— y, casi sin solución de continuidad, hemos pasado a describir los rasgos sociourbanos de la descomposición de la ciudad expansiva y su progresivo reemplazo

por la ciudad-archipiélago, con sus procesos de exclusión y multisegmentación. Es claro que se trata de dimensiones muy diferentes de la cultura y la sociedad urbanas, que no pueden ponerse en vinculación sin mediaciones. No intenta sugerirse aquí que las transformaciones sociourbanas sean una suerte de condición de posibilidad –no sólo paradójica, incluso perversa– de esta proliferación de los signos en el conurbano, sino que, en todo caso, ambas son resultado –de muy distinto tipo– del fin de la expansión: el recentramiento cultural del Gran Buenos Aires puede ser pensado como producto del desacople del suburbio de su rol reproductivo en el esquema centro-periferia. Si el Gran Buenos Aires fue siempre un territorio heterogéneo, al desaparecer la tensión expansiva esa heterogeneidad estalla en fragmentos que ya no pueden reconocerse en un conjunto ni atar a él su suerte; y en el mismo proceso, esa fragmentación comienza a estimular una pugna por representar la específica condición suburbana en términos culturales, buscando por primera vez las marcas de identidad de lo local en el territorio.

Quizás el modo en que buena parte de “la novela” del Gran Buenos Aires da cuenta de los procesos sociourbanos sea el mejor ejemplo de las mediaciones necesarias para poner en contacto ambas dimensiones. Porque no son sus temas o sus contenidos los que pueden dar la pista; éstos conforman un arco bien variado, como puede verse en los mismos ejemplos ya mencionados, desde la épica barrial populista de Ramos o Incardona hasta las búsquedas más cáusticas y experimentales de Ávalos Blacha o Alinovi, pasando por esa suerte de género negro con que Fogwill y Maggiori tradujeron las tramas de corrupción política e impunidad policial, delincuencia organizada y circuitos de la miseria que alimentan también las percepciones más generalizadas en la opinión pública sobre el conurbano. Más allá de esas diferencias, sin embargo, podría pensarse que toda esa literatura está señalando zonas de la realidad sociourbana que difieren de los diagnósticos de la polarización, ya que, salvo escasas excepciones –la principal de ellas, la cumbia vizzera–, esta novedosa dinámica cultural muestra en acción justamente a esas clases medias que casi no tienen presencia en sus propias representaciones, y es allí donde deben ser colocados, sin duda, no sólo los propios escritores sino, por poner apenas dos ejemplos, la red de artistas y promotores que moviliza el *rock barrial* en un circuito cultural muy activo,

o los nuevos públicos de las universidades del conurbano que participen de una experiencia inédita de movilidad socioeducativa. En verdad, algunas de estas universidades están haciendo algo más: se vienen convirtiendo en centros culturales de sus localidades, en nuevas expresiones del espacio público metropolitano, constituyendo los primeros núcleos institucionales en condiciones de producir sistemas simbólicos de identificación que compitan con los clubes de fútbol, la única fuente fuerte de reconocimiento que parece haber producido el Gran Buenos Aires clásico. Si se lo piensa en el ciclo más largo de representaciones que estuvimos analizando aquí, puede verse una constante que coloca a las clases medias como el objeto siempre inasimilable para una caracterización específica del conurbano. Ya que si la “invisibilización” del Gran Buenos Aires clásico fue un efecto de su integración exitosa a los imaginarios mesocráticos de la ciudad expansiva, la entrada en escena de este Gran Buenos Aires posexpansivo requiere del opacamiento de todo aquello que dificulte los diagnósticos simplificados de la polarización.

Entonces, ¿cómo pensar sin reduccionismos las relaciones entre esta inédita producción cultural del conurbano y las nuevas lógicas sociourbanas que nos muestra la realidad metropolitana? ¿Como una reparación simbólica ante las pérdidas por la desintegración de la ciudad expansiva? ¿Como el último estertor de unas clases medias cercadas por la polarización social? ¿Como una búsqueda comunitarista por definir dentro del nuevo mapa fracturado otras identidades que doblan la apuesta de la fragmentación, volviéndola positiva? ¿O tal vez como el intento de traducir las nuevas identidades de grupo en una reorganización general de la cultura y la sociedad que le pueda dar al Gran Buenos Aires un rol en la producción de la metrópoli del siglo XXI análogo al que tuvieron los barrios populares capitalinos en la del siglo XX? Es demasiado temprano no sólo para responder sino para saber incluso si las preguntas están bien formuladas; lo único seguro es que el Gran Buenos Aires ha entrado en una etapa completamente nueva, de la que sólo es posible entrever por ahora algunos de sus efectos más evidentes, el modo en que su dinámica “periférica” ha comenzado a marcar los rumbos metropolitanos.

NOTAS

- ¹ El autor desea agradecer los comentarios y las observaciones críticas de Anahi Ballent, Gabriel Kessler, Carlos Reboratti y Graciela Silvestri, decisivas en la elaboración del texto.
- ² Ver Vapñarsky, 2000. Es interesante notar que mientras realizaba para ese libro la más minuciosa reconstrucción cartográfica y compilación censal de la “expansión espacial y el crecimiento demográfico” de la metrópoli en su totalidad, produciendo una fuente fundamental para cualquier estudio del área, Vapñarsky también contribuía en el INDEC con la construcción de categorías que volvieran operativo al “Gran Buenos Aires” –en su acepción de unidad metropolitana– como circunscripción censal, con miras a producirlo como región de planeamiento, mostrando uno de los casos paradigmáticos de funcionamiento de esa “tradicción normativa” que mencionamos.
- ³ En este punto, así como en los argumentos que siguen sobre la cultura urbana en los años veinte y treinta, debo remitir a mi libro *La grilla y el parque...* donde los desarrollo con amplitud.
- ⁴ Cfr. Gerónimo de la Serna, “Disquisiciones edilicias referentes al ‘Proyecto de la Municipalidad para la urbanización del municipio’”, en *La Ingeniería*, Buenos Aires, CAI, 1927, y Jorge Luis Borges, “La fundación mitológica de Buenos Aires”, *Cuaderno San Martín*, Buenos Aires, Proa, 1929.
- ⁵ Comisión de Estética Edilicia, *Proyecto Orgánico de Urbanización del Municipio*, Buenos Aires, Intendencia Municipal, 1925, p. 332.
- ⁶ Benito Carrasco, “La ciudad del porvenir”, en *Caras y Caretas*, n.º 490, Buenos Aires, 22 de febrero de 1908, y “Orientación que debió darse al Congreso de Municipalidades”, en *La Nación*, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1926.
- ⁷ Werner Hegemann, “Als Städtebauer in Südamerika”, en *Wasmuths Monatshefte für Baukunst und Städtebau* XVI, Berlín, 1932, parte I (traducción de Luis Rossi).
- ⁸ Reproducido en Patricio Randle (comp.), *Carlos M. della Paolera. Buenos Aires y sus problemas urbanos*, Buenos Aires, Oikos, 1977, p. 120.
- ⁹ Romualdo Ardissonne, “La ciudad de Buenos Aires excede los límites de la Capital Federal”, texto presentado en el Congreso de Geografía de 1935 y publicado en *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, Buenos Aires, 1937, t. V, p. 467.
- ¹⁰ En esta sección del trabajo sigo hipótesis ya adelantadas en Gorelik, 2011. Sobre la noción de ciudad expansiva, véase Secchi, 1989 [1984], y el desarrollo que hemos hecho para el caso de Buenos Aires en Gorelik y Silvestri, 2000.
- ¹¹ Mientras el crecimiento de la población fue de cinco veces en el primer momento expansivo contra dos veces en el segundo, la superficie urbanizada creció en ambos casi al mismo ritmo: pasó de 8.000 ha en 1895 a unas 40.000 ha en 1938 y a unas 160.000 ha en 1975, lo que significa que la diferencia entre el creci-

miento de ambos momentos fue de cinco a cuatro veces y, por consiguiente, que en el segundo momento la superficie creció el doble del crecimiento de la población. Me he basado, para obtener los datos aproximados de superficie, en el cálculo de Gonzalo Rodríguez Merkel sobre los planos realizados manualmente por César Vapñarsky (para 1895, 1910, 1948 y 1965), al que accedí gracias a Daniel Kozak.

¹² En *La grilla y el parque...* mostré que los sectores privados venían presionando por lotear desde 1887, cuando se anexaron los nuevos territorios a la capital, y que el municipio resistió la mayor parte de esas presiones invocando la necesidad de un plano público que todavía no estaba en condiciones de realizar; como vimos, recién va a formar la Comisión del plano en 1895, y lo va a publicar en 1904.

¹³ Chiozza, 1983, p. 421.

¹⁴ Hay algunos pocos cuadros en los que Calé retrata el “suburbio” como comarca rural o *Far West*, pero el claro carácter caricaturesco de esos casos impide pensar que su tipo de barrio popular se acabe en el borde de la General Paz, lo que se refuerza por la presencia importante en toda la serie del tren suburbano.

BIBLIOGRAFÍA

- Auyero, Javier: *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*, Buenos Aires, Manantial, 2001.
- Auyero, Javier y Berti, María Fernanda: *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, Buenos Aires, Katz, 2013.
- Ballent, Anahi: “*Country life*: los nuevos paraísos, su historia y sus profetas”, en *Block*, n.º 2, Buenos Aires, CEAC-UTDT, mayo de 1998.
- : *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- Benza Solari, Gabriela Marisa: *Estructura de clases y movilidad intergeneracional en Buenos Aires: ¿el fin de una sociedad de ‘amplias clases medias’?*, Tesis de Doctorado en Sociología, México, El Colegio de México, 2012.
- Caldeira, Teresa Pires do Rio: *Cidade de muros. Crime, segregação e cidadania em São Paulo*, San Pablo, Editora 34 / Edusp, 2000.
- Caride, Horacio: “La idea de conurbano bonaerense, 1925-1947”, Documento de Trabajo n.º 14, Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), 1999.
- Chiozza, Elena M.: “La integración del Gran Buenos Aires”, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dirs.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, t. II, Buenos Aires, Abril, 1983.

- Cravino, María Cristina: *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*, los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2006.
- Geddes, Patrick: *Ciudades en evolución*, Oviedo, KRK Ediciones, 2009 [1915].
- Gómez Pintus, Ana: *Las formas de la expansión: 1910-1950. Barrios parque y loteos de fin de semana en la construcción del espacio metropolitano de Buenos Aires*, Tesis de Doctorado, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de La Plata, 2013.
- Gorelik, Adrián: *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- : “Roles de la periferia. Buenos Aires: de ciudad expansiva a ciudad archipiélago”, en *Correspondencias. Arquitectura, ciudad, cultura*, Buenos Aires, Nobuko, 2011.
- Gorelik, Adrián y Silvestri, Graciela: “Ciudad y cultura urbana, 1976-1999: el fin de la expansión”, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dirs.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, t. II, reedición aumentada, Buenos Aires, Altamira, 2000.
- Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto: *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Merklen, Denis: *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*, Buenos Aires, Catálogos, 1991.
- Novick, Alicia y Caride, Horacio: “Ciudad versus área metropolitana. *Pour une histoire du Gran Buenos Aires*”, en *Amerique latine: Les discours techniques et savants de la ville dans politique urbaine*, Document de Travail n.º 37, Projet “Les mots de la ville”, MOST UNESCO, París, 1999.
- Passalacqua, Eduardo: “Gobierno y administración del área metropolitana de Buenos Aires. Balance de la experiencia”, Buenos Aires, mimeo, 1997.
- Pérez, Pedro: *Buenos Aires metropolitana*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.
- Sargent, Charles: *The Spatial Evolution of Greater Buenos Aires, 1870-1930*, Tempe, Arizona State University, 1974.
- Scobie, James: *Buenos Aires: del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1977 [1974].
- Sebrelí, Juan José: *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Siglo XX, 1964.
- Secchi, Bernardo: “Le condizioni sono cambiate”, en *Un progetto per l’urbanistica*, Turín, Einaudi, 1989 [1984].
- Silvestri, Graciela: *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Edhasa, 2011.

- Torres, Horacio: *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*, Buenos Aires, Dirección de Investigaciones, Secretaría de Investigación y Posgrado, FADU-UBA, Serie Difusión, 1993.
- : “Evolución de los procesos de estructuración espacial urbana. El caso de Buenos Aires”, en Jorge E. Hardoy y Richard P. Schaedel (comps.), *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*, Buenos Aires, Ediciones SIAP, 1977.
- Troncoso, Oscar: “Las formas del ocio”, en Romero y Romero (dirs.), *op. cit.*
- Vanoli, Hernán y Vecino, Diego: “Subrepresentación del conurbano bonaerense en la ‘nueva narrativa argentina’”, en *Apuntes de Investigación del CECYP*, n.º 16-17, 2010.
- Vapñarsky, César: *La aglomeración Gran Buenos Aires. Expansión espacial y crecimiento demográfico entre 1869 y 1991*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.